

HABLEMOS

Como tuve siempre la costumbre, que a mí me parece buena, de pensar a voces en política, voy a comenzar diciéndoles a mis lectores, que desde que reanudé en Octubre la publicación de El Motín vengo siendo tan otro del que fui, que apenas si me conozco yo mismo. Agarro la pluma para tratar de política republicana, y al ir a desarrollar la idea que en mi cerebro salta, me contengo, vacilo, dudo, y acabo por no estampar ni una letra en el papel. ¡Yo, que nunca puse entre mi pluma y la expresión de mi pensamiento el intervalo de un segundo!

¿Por qué así? Porque sabiendo cuál es actualmente la situación del partido, temo que una apreciación equivocada pueda desviar alguna orientación salvadora o torcer alguna marcha directa. Después del mal resultado de aquella Unión de 1903, con tanta fe por mí iniciada, con tal perseverancia mantenida y con tal suerte realizada, medito mucho antes de tomar iniciativas o proponer soluciones.

Esto, sin embargo, debía tener un término. Nadie con derecho a callar, y yo menos que nadie, cuando su silencio puede tomarse por aquiescencia o por miedo a contraer responsabilidades. Y por esto hablo ahora que, como dije en el número anterior, preveo próximas perturbaciones en el partido.

La situación es a la vez clara y obscura. Clara, porque las masas republicanas, espontáneamente, sin otros estímulos que los del entusiasmo y la esperanza, se conciertan y se unen para todo empeño democrático; y obscura, porque la falta de organización les impide emprender acciones que pudieran llevar al país el convencimiento de que sólo en el partido republicano está su salvación.

Que en las masas republicanas existen hoy corrientes poderosas de aproximación, es indiscutible.

Que están dispuestas como nunca a acudir al terreno que se las llame, lo demuestran a cada paso.

Que a pesar de esto puede surgir en breve una perturbación grande, cosa es que nadie duda.

Que debemos prevenirnos con tiempo para que no ocurra, de sentido común es.

Y que es forzoso organizarnos pronto y definitivamente para estar dispuestos a todo lo que venga, ni que decir tiene.

Lo único que no debe venir, mejor dicho, volver, es aquel tiempo en que había republicanos de Ruiz Zorrilla, de Castelar, de Pi y Margall, de Salmerón, de Figueras...

¿Pero qué digo? Aquel tiempo ha vuelto ya. Hoy hay republicanos de Costa, de Lerroux, de Blasco Ibáñez, de Soriano, de Sol y Ortega, de Estévez, de Vallés y Ribot, de Melquiades Álvarez... Y en cuanto a tendencias o denominaciones, hay federales antisolidarios, federales solidarios, radicales de dos o tres grupos, conservadores, nacionalistas, progresistas, y qué sé yo cuántas más: he perdido la cuenta; y todos y cada uno están en posesión de la verdad republicana, como los creyentes en cada religión creen que la suya es la única verdadera.

Y yo pregunto a mis correligionarios: ¿Podemos ni debemos continuar así? ¿No habría medio de entendernos, sintetizando en la palabra República la aspiración de todos?

Yo opino que sí. Y, por lo tanto, cumplo el deber de indicar el procedimiento que en mi opinión convendría emplearse para conseguirlo. Este:

Que se reúnan cuantos tengan fuerzas que los sigan fuera de la localidad en que residan o el distrito que los vote; más claro, que sean jefes de más o menos número de republicanos en varios puntos de España; y una vez reunidos, propongan y discutan aquello que cada cual considere más conveniente y hacedero para que el republicanismo utilice sus fuerzas en toda ocasión propicia. Si se entienden, que convoquen después a una Asamblea que acuerde y fije las reglas a que debemos todos sujetarnos, sin menoscabo de la libertad que cada fracción debe tener para propagar sus aspiraciones peculiares, siempre que no dificulten o perturban la acción colectiva, encaminada a traer la República; Asamblea que nombraría a la vez un organismo directivo, concediéndole facultades para adoptar resoluciones que obligarían a todos.

¿Que esto que propongo ahora contradice en parte lo que dije y defendí para llegar

a la Unión republicana de 1903? ¡Y tanto! Mas aparte de que la experiencia enseña, lo que propuse entonces podía entonces justificarse y defenderse: hoy no. Hoy no tenemos un hombre cuya autoridad sea tan grande, que baste lanzar su nombre para que sea aceptado desde luego por el mayor número.

Es posible que alguien me diga: «Si al fin ha de irse a parar a la Asamblea, ¿por qué esa reunión previa? Porque esa reunión previa nos diría, ejerciendo como de máquina piloto, si estaba expedita la vía que nos ha de conducir a la organización; porque si esos hombres se entendieran, sería sencillísimo hacer lo demás; y porque si no se entendieran, habría que renunciar por ahora a la esperanza de entendernos. Y para demostrar esto que digo, basta con este razonamiento:

Lo que el jefe de cada fracción expusiera y defendiera en la reunión, ¿no sería lo que defenderían luego sus partidarios en la Asamblea general? ¿Pues para qué convocarla, si se sabía de antemano que el resultado iba a ser negativo?

¿Inconveniente de este procedimiento que propongo? Que no se entendieran los reunidos. Pero aun este inconveniente traería estas ventajas: la de dejar al descubierto las aspiraciones de cada individuo y de la tendencia que representara, y la de que no pudiera seguirse manteniendo equívocos perjudiciales.

¿Qué es imposible que se entiendan hombres que difieren en la manera de apreciar ciertas cuestiones, y menos aun los que han sostenido con otros feroces luchas personales? Esto no puede decirse en un país donde los progresistas y los demócratas se unieron en 1867, para derribar a D.^a Isabel II, con los hombres de la Unión liberal, teniendo para ello que vadear un río de sangre; y donde existen ahora republicanos abrazados con carlistas y clericales, y no para defender los intereses de la Patria, sino los de una región. Nada hay imposible en política cuando el desinterés personal determina la acción, o la regula.

Es más; si ocurriese eso de que los reunidos no se entendieran, ¿no quedaba el partido para resolver en última instancia? ¿No podía llegarse hasta la expulsión de los que trataran de impedirle que se organizase? Pensar que no lo hiciera, equivaldría a suponer que es ficticio todo este gran movimiento de aproximación de que viene dando repetidas muestras, y se nos impondría la desoladora afirmación de que las cuestiones personales entre los republicanos, que fueron causa de que la restauración viniera y de que se haya sostenido, perduraban hasta después de haber muerto aquellos hombres que por su historia y sus servicios merecieron ocupar el puesto de jefes.

Mas no; pesimismo es este, que debo alejar de mí. Yo no puedo creer que en presencia de los infinitos y tremendos males que sufre España; ante un clericalismo que la explota, la embrutece y la enerva; ante unos gobiernos que, cual si tuvieran el presentimiento de la desaparición próxima de la monarquía, se precaven a costa de la nación contra las contingencias económicas del porvenir, pueda haber ni un republicano que no esté dispuesto a prescindir de sus particularismos políticos y sus personales agravios.

¿Qué necesitamos, en suma, para entendernos? Bien poco, dada la grandeza de la obra que perseguimos. Pensar en la República más que en nosotros, y en la Patria antes que en el triunfo de nuestras peculiares ideas. Se me dirá que cada cual profesa las que defiende por entender que son los mejores. Bien, pero con este criterio no llegaremos nunca, por ser imposible que nunca exista unidad de miras completa. Ceda cada cual en todo aquello que no se oponga a la consecución del común anhelo, y deje lo demás al tiempo y a la bondad misma de la idea que prefiere. En último caso, y a la larga, siempre viene a triunfar el que tiene más razón. Y el que más traiga al común concierto, y más haga, y más valga, ese será el que triunfará al fin.

Piense cada uno como piense hoy y prefiera lo que prefiera para mañana, agrupémonos todos bajo la bandera «República», como las diferentes armas del Ejército se agrupan bajo la de Patria para atacar al enemigo. Ganada la victoria, cada arma vuelve a hacer independientemente su vida interior.

¿Que en el Ejército se vence porque hay un jefe? Sí; pero también el vencido lo tuvo. Y es que para vencer, lo mismo en el Ejército de la fuerza, que en el de la idea, hace tanta o más falta que el jefe, la fe con que se combate, la justicia de la causa que se defiende, la unidad en la aspiración y el procedimiento.

He expuesto mi opinión como acostumbro, con toda franqueza, y sin otro propósito que el de evitar el espectáculo triste que preveo en cuanto se plantee la cuestión del organismo directivo en nuestro partido. Me alegraría que fuese bien acogida; pero si no lo fuese, y nadie expusiera otra que me pareciese mejor, en cuyo caso la defendería, no haré empeño de amor propio el imponerla; no tengo por delante ya los años que tenía cuando me propuse llegar a la Unión riñendo batallas contra todos. Aguardaré a ver si surgen otros hombres que rompan la tradición funesta de ser republicanos de éste o de aquél, en vez de serlo de la República, y entretanto continuaré combatiendo el clericalismo.

Y termino este artículo, que he alargado más de lo debido, diciéndole en tono de súplica a mis correligionarios:

«Facilitemos todos la reorganización del partido, y alcance más en la opinión el que más sacrifique para lograrla.»

JOSÉ NAKENS

Salarios madrileños

Según el Censo municipal de 1898—no conozco otro posterior—hay en Madrid 12.061 mujeres que trabajan en oficios mecánicos, cifra que en realidad, y según estadísticas industriales, se aproxima a 15.000.

Conocemos el salario medio, el más corriente, de unas 15.000 obreras, clasificadas en los oficios siguientes:

Bordadoras, buñidoras, cajeras, camiseras, conserveras, corseteras, corbateras, cordoneras, costureras, chalequeras, encuadernadoras, floristas, gorreras, guanteras, guarnecedoras de calzado, ídem de sombreros, lavanderas, maquinistas, modistas, pantalonerías, pulidoras, sastras, sobreras, sombrereras, tapiceras y jornaleras.

El salario corriente en estos oficios es de 1 a 2,50 pesetas por día de labor.

De los 26 oficios citados, 18 son de temporada, y uno de sólo cuatro meses de trabajo en el año—conserveras.

Hecha para el trabajo femenino la misma operación que para el masculino, resulta una masa de jornadas de 3.129.426 días al año, ó sean 208 por obrera.

Y realizada idéntica operación para los salarios, resultan 3.911.782 pesetas, ó sean 261 al año por obrera y 72 céntimos escasos por día.

Conviene añadir que así como la jornada media del varón adulto es de nueve a diez horas, la jornada de las mujeres es de once horas, y para los oficios relacionados con la construcción de vestidos—que se realizan en el domicilio de la obrera,—esta jornada no baja de doce horas, y casi siempre llega a diez y seis.

J. J. MORATO

POR LA INFANCIA

Una de las cosas que con más cuidado deben evitar los padres, y generalizando, los educadores, es que el miedo se apodere del espíritu infantil. Las primeras impresiones que el alma recibe son fundamentales, digámoslo así, y sobre ellas edifican el tiempo y los acontecimientos, dando por resultado el carácter individual.

Aunque la educación moderna va eliminando poco a poco muchas de las prácticas nocivas que en algún tiempo prevalecieron como sistema pedagógico, resta aún tanto perjudicial, que se impone la necesidad de combatir sin descanso ese arcaísmo mal sano, inveterado obstinadamente en nuestros métodos de enseñanza.

Del miedo, del terror, se ha hecho un arma de sumisión infantil, que si por el momento y en algunos casos parece ser útil, a la larga acarrea grandes desventajas colectivas; pues de una generación de temerosos, de pusilánimes, no pueden esperarse arrosos y gallardías capaces de hacer frente a una de esas situaciones difíciles que se presentan frecuentemente a la conciencia nacional, y cuya resolución tanto influye en sus destinos.

El acatamiento ininteligente debido al

miedo, no al íntimo convencimiento que nos lleva a voluntaria aceptación, es uno de los eslabones con que se forma la cadena de miserias que sujeta para siempre el alma del esclavo. No es en esos casos el triunfo de la razón que somete al pensador después de penosa labor inquisitiva; es la voluntad en quiebra, que abdica sus derechos en el altar de la insignificancia.

Hace días conversaba yo con un pequeño monísimo pero muy travieso. Su charla encantadora y pintoresca me divertía extraordinariamente, y poniendo su ingenio a contribución, hacíale mil preguntas curiosas de oír las ingenuas agudezas, que a borbotones salían de aquellos labios bermejados.

De repente, y por una de esas transiciones tan frecuentes en los niños, mi pequeño interlocutor, desviándose del giro alegre de la conversación, me dijo muy serio:

—Voy a ser bueno; la maestra me ha dicho que si no iré al infierno, y (añadió el muchacho mirándome con espanto como si quisiera comunicarme su terror) ¡no quiero ir; qué miedo! ¡Hay diablitos muy malos que cogen con sus garras a los niños y los meten en calderas de aceite hirviendo!

—¿Qué entiendes tú por ser bueno? le pregunté.

—No romper los carteles, ni saltar sobre las mesas, ni tirar la tinta, ni arrancar las hojas a los libros... Estarme quieto como Anita... Anita es muy buena y no irá al infierno...

Nuestra plática fué interrumpida por la llegada de la madre que venía a recoger su nene para llevarlo a la escuela... a esa escuela donde sobrecogen las tiernas almitas con tan horripilantes perspectivas... Entonces recordé haber leído recientemente, que en el Estado de Illinois se pretende declarar contrario a la ley la enseñanza a los niños de la condenación eterna, por considerarla origen de grandes perturbaciones físicas y morales.

Ya Platón definiendo a Dios como «una bondad infinita que vela sobre los hombres», condenaba a los poetas, por inspirar apocamiento, cobardía a los espíritus con sus espeluznantes descripciones de las torturas que los dioses vengativos hacían padecer a los condenados en el Cocito y la laguna Estigia.

Verdaderamente, la cultura mundial es obra larguísima, pues desde Platón hasta el presente no hemos adelantado mucho... Y no fué ayer...

VIOLETA

TIEMPOS Y TIEMPOS

Cuando se votó en el Congreso la primera subvención a la Trasatlántica, mandaban los liberales.

Vega Armijo, que era liberal, indignado ante aquella enormidad, (menor que la de ahora en cuanto a los años de concesión y a la cantidad anual) salió violentamente del salón de sesión seguido de 25 ó 30 diputados, y gritando: «¡Vámonos de aquí, por que un día nos va a ahogar la m...!»

Ahora... Ahora ya lo hemos visto... Ni una náusea... Ni una arcada... Ni siquiera un pañuelo aplicado a la nariz...

O los estómagos se han embastecido mucho, ó los pulmones aspiran a gusto las emanaciones de aquello que Vega Armijo temía que lo ahogase... ó la dignidad se ha vuelto muda...

A nuevos tiempos, estómagos más groseros, pechos más amplios, olfatos menos sensibles... cutis más duros...

Ni el asco se emplea hoy ya siquiera como argumento.

Progresamos en todo lo que degrada. ¡Venciste, clericalismo!

Las Cortes

Se han cerrado.

Si los individuos que las componían pudieran sentir remordimientos, y los remordimientos mataran, pocos, muy pocos, diez ó doce a lo sumo, estarían vivos cuando volvieran a abrirse. Tan desastrosa labor han hecho.

Nunca los intereses del país sufrieron golpes más tremendos que los de la Escudra y la Trasatlántica...

Jamás la audacia de los gobiernos representativos llegó a tanto...

Desde que existe régimen parlamentario no hubo oposiciones más indiferentes, más desaprensivas ni más cobardes...

JUVENTUD VIEJA

Lo diré sin rodeos; me es antipática la juventud de ahora, profundamente antipática. Nadie creerá que proviene esta aversión de la edad; yo peino canas; los que ya no son jóvenes aman la juventud más que los mozos; yo la amo también, pero ¿es juventud la de nuestros días? Ojalá que lo fuera.

No; la juventud, y valga la paradoja, parece haberse refugiado en los viejos. Tengo un amigo y casi correligionario, un republicano tímido; el cual republicano se me quejaba una vez de que lo reprendía por no ir a misa... ¡su hijo, un mocito de diez y nueve años! Antes eran los padres los que ni a tiros podían hacer entrar a sus hijos en la iglesia. Los muchachos se enteraban del color de la casulla, compraban al sacristán papeletas de comunión para hacer creer en su casa que habían oído misa o cumplido con la Iglesia. Ahora son los niños los que afean a papá su alejamiento del templo...

¿Qué es la juventud? Es calor, es irreflexión, es movimiento, ansia de libertad, ilusiones, esperanzas, bello desorden, adorable inconsciencia y, ya se sabe, una aversión instintiva a todo lo que es tético, serio y regulado; por lo tanto un gran tedio de la religión y de la disciplina escolar ó lo que fuere.

El niño reza en familia, peleando á brazo partido con el sueño, ó con la risa, ó con la gana de contar las moscas que vuelan, ó de ver figuras caprichosas en los desconchados de la pared. Va á misa, confiesa y comulga por fuerza; los cultos le parecen interminables y cansinos; ¡oh buen instinto del natural aún no pervertido! el aula un tormento, las etiquetas y los formulismos una tiranía insostenible.

Ya hambrecito, el joven ama á la mujer por la mujer misma; él no entiende de dotes ni de capitales ó posiciones; sería el legendario príncipe que ofrece un trono á una pastora, y asimismo tiene las ideas políticas que le gustan, y le gustan las que avanzan, las que entrañan rebeldía, revolución, trastornos y cambios radicales. Si siente la inspiración del arte, la sigue con toda su alma por el arte mismo, enamorado de su belleza; si le da por la ciencia, ve en ella todo menos el medio de medrar. Para el joven, realmente joven, todo lo que signifique intereses, cálculo, método y sujeción, casi no existe. Hasta en los vicios el joven es nobilote y sincero; un joven hipócrita no se concibe; retrógrado, autoritario y devoto, menos aún. Juventud y avance son sinónimos, porque hay en ambos un factor común que se llama esperanza y otras veces ilusión. La tierra entera con sus males, debe parecer chica al alma joven.

Soy del siglo pasado y muy de él. Me cabe la dicha de haber pertenecido á una juventud joven y de haber conocido, ya maduro, otras también jóvenes, las últimas que siguieron á la mía; por esto siento más el horror á la juventud vieja de hoy, obra nefanda de la restauración católica y jesuita. Ya lo dijo Melchor Cano, de los discípulos de San Ignacio: «Estos son los que hacen de los gallos pollos y de los pollos gallinas.» Donde impere el jesuitismo, la juventud no tarda en moldearse en la turquesa ignaciana que es San Luis Gonzaga, el andrógino degenerado, ni hombre ni mujer, parado, meticuloso y tímido, escéptico en el fondo, borroso en la forma, tímido hasta de sí mismo, incapaz de pensar con su propio cerebro, asustado de toda idea, propenso á la bajeza ovejuna é incapaz de vivir sin ser dominado.

Yo me muero de asco al ver esa taifa de jóvenes que á los diez y nueve años hablan ya de dotes y efínicamente confiesan que han puesto ó que pondrían las paralelas á la vieja ricachona B, á la fea incansable, pero millonaria, C, á la virtud averiada N, que desea pagar con su dinero un marido ciego, sordo y mudo. ¿Y los luises que rodean como abejas solistas al jesuita de quien esperan que los case á gusto de la Compañía con la heredera sin virginidad ni belleza, confesada de alguno de los buenos padres? Un joven aspirante á cornudo voluntario es lo inconcebible, lo monstruoso. Pero hay que saber, además, las bajezas nauseabundas que precisan para hacer oposiciones á esa prebenda. El joven tiene que confesarse ó hacer como que se confiesa con los jesuitas; ha de actuar de *comulgador* que traga su hostia el día, á la hora y en la Iglesia que le mandan; está obligado á ser alabardero formando público auditorio cuando predica el mastuerzo jesuita M, ó el esteta ignaciano N, en tal ó cual templo. Debe renunciar á la amistad de los jóvenes que sean jóvenes, quiero decir independientes y liberales; tiene que asistir sólo á las reuniones de familias adictas, no puede faltar á las veladas de la residencia, ni leer periódicos que no sean neos, ni asistir á representaciones teatrales de obras entredichas por el neismo, á no ser que los padres lo envíen allí en clase de reventador expuesto á ser reventado y molido á golpes, que se dan casos.

En mis floridos años ya se hizo la primera intención de rebajar virilidades y atraerse el neismo á los mozos. Se fundó la Juventud Católica, en la que entraron bastan-

tes incautos del brazo con algunos bribones ya maduritos: juventud es término un tanto elástico. Serían aquellos muchachos creyentes ó escépticos, habría de todo, es decir, tontos y vividores; pero no se les obligaba á una servidumbre de hipocresía como la de hoy. Asistir á las sesiones de la Sociedad, discursar, escribir algo los que podían hacerlo, organizar alguna manifestación con ó sin color de fiesta eclesiástica y nada más. Yo los vi muchas veces salir del local de las veladas católicas para ir á celebrar el éxito de un discurso en la casa de lenocinio más cercana. Esto era humano ¡qué diablo! y propio de la edad.

Entre aquella gente se hablaba de carlismo y de alfonsería, porque estaban divididos, como quiera que en aquella época revolucionaria la Iglesia le guiaba un ojo á don Carlos y otro á D.^a Isabel, su amada prima; miraba al plato y á las tajadas, y lo mismo admitían los jesuitas á carlistas que á alfonseros. Si, se hablaba de carlismo, de papilaria inconsciente, de conjuras antirrevolucionarias, pero también de mujeres, de teatros, de literatura libre y de mundo, y ni una palabra de dotes, de herederas, de bodas capriciosas, ni de pesca de destinos á título de catolicismo. Lo malo fué que no tardaron en invadir la Juventud católica los pentapólicios, los invertidos; ¡ah! el jesuitismo gusta mucho de ellos, los busca con su linterna de trapero cuidadosamente, porque se acercan más á los tipos Luis Gonzaga y Estanislao de Kostka. No tardaron los estetas en dominar aquellos cotarros, pero eran otros estetas ¡carapel! menos hipócritas, menos metalizados.

De aquella juventud no salió una sola notabilidad; medianías como Necedal (Ramón), nulidades de la laya de Godró, Valentín Gómez, Liniers, Brieva, Varsi y Contardi... mamarrachos, y no pocos, al fin desengañados, se fueron á los partidos liberales. No, aquello no era esto ni podía serlo, porque precisa, para lograr una juventud rebajada y avejentada, el trabajo de preparación que desde 1875 vienen haciendo los jesuitas y ahora nos ofrece sus frutos sazonados.

La penúltima vez que estuve en Barcelona fui á ver si había adelantado algo la obra de esa monstruosidad abominable, de esa locura entre las locuras que se llama la Sagrada Familia y está pidiendo á voces la ejecución de su autor. Era domingo por la tarde y salí de allí con ganas de vomitar. Mas de cuarenta jóvenes, todos bien vestidos, se ocuparon en la asquerosa y repulsiva tarea para un mozo con sangre en las venas, de explicar la doctrina cada cual á un grupo de chiquillos, en su mayoría astrosos. Estaban haciendo carlismo separatista, bajo la vigilancia de dos jesuitas.

Figuráos, afuera una hermosa tarde de sol primaveral que convidaba á todas las expansiones de la vida y del amor en pleno goce de la Naturaleza. Dentro, una multitud de jóvenes acomodados que, como los buhos que huyen de la luz del sol, voluntariamente se sepultaban en la sombría y tétrica cripta de la Sagrada Familia para rodearse de pobres criaturas malolientes y acaso hambrientas, forzadas á estar allí en vez de correr jugando por los campos en busca de la salud, del aire y del sol.

Y no era allí únicamente donde esto sucedía. Me dijeron que lo menos en veintitantas iglesias de la ciudad y en algunas de los suburbios, se estaba verificando lo mismo á aquella hora; todo un ejército de mozos voluntariamente recluidos en las sombras, despreciando los atractivos de la Naturaleza, sacrificados en aras del futuro destino, de la *pubilla* ó de la vieja bribona ansiosa de comprarles á los jesuitas carne fresca para sus instintos lascivos santificados ¡eso sí! en las aras del matrimonio; ¡hay degradación más vil y repugnante! Sería reprochable en la vejez, ¿qué decir de ella en los años juveniles?

Por supuesto, que habría que ver las caras de los catequizantes catequizados aquellos. Ni una sola que denunciara una inteligencia en todas esa desaprensión, esa atrofia mental que el buen observador echa de ver invariablemente en los sujetos, machos, hembras ó invertidos, que rodean á los jesuitas y forman las multitudes clericales. No veréis en ellos un sólo rostro de expresión noble, con rasgos de sentimientos elevados y de inteligencia despierta. Es que esa generación es ya hija de otra muy deprimida por el influjo nefando de la Iglesia; calculad lo que será la que ésta de ahora produzca, la que se está educando en los colegios monásticos, el futuro rebaño abyecto, la carne de la ergástula del Papa.

¿Y puede un hombre de mi tiempo y de mis ideas amar eso que se llama juventud sólo porque tiene pocos años, pero que carece de la frescura, la espontaneidad, la nobleza y el desinterés propios del joven, y en cambio adolece de lo que es odioso hasta en los más viejos?

Lo peor, es que ese mal, contagioso de suyo, se le ha pegado á una gran parte de la juventud que no parece clerical porque no se aproxima tanto al jesuita, pero... le hace el juego admirablemente; hé ahí la mayor desdicha de la pobre España: la ha dejado sin jóvenes la Iglesia, no quedan otros ya que los viejos.

JOSÉ FERRÁNDIZ

El administrador de la Colonia Penitenciaria de Ceuta me dice en carta fecha 30

de Mayo que son injuriosos y calumniosos los juicios referentes á su persona que se estamparon en el número de EL MOTIN correspondiente al día 27.

Tiene á su disposición estas columnas para sincerarse ó defenderse, como todos los que se encuentren en su caso.

Yo no busco ni deseo más sino que la verdad se esclarezca en todos los asuntos que toco.

LIBRO NUEVO

“CARTAS Y DEDICATORIAS”

Acaba de publicarse con ese título un nuevo libro de Nakens.

Contiene diferentes trabajos literarios, políticos, sociales y anticlericales.

Precio del libro, *tres pesetas*. Para los suscriptores directos, á dos.

De venta en esta Administración y en las principales librerías.

La Dedicatoria que lleva, dice así:

“A Alfonso González.

Cuando mis amigos no se atrevían á decir en público que lo eran, ni iban á verme porque no los viesen.

Cuando la prudencia aconsejaba tantas precauciones, y el temor sellaba tantos labios.

Cuando las malquerencias contenidas y los odios manifiestos se cebaban furiosamente en mí.

Cuando la ley me tenía encerrado y los jueces se aprestaban á condenarme.

Cuando cada cual juzgaba por lo que él hubiera hecho lo que debí hacer yo.

Cuando de haber sido interrogados en la casa de Caifás, muchos de mis íntimos hubieran contestado con Pedro: *no conozco al hombre*.

Usted, Alfonso González, corresponsal que había sido durante unos años de EL MOTIN, y que vivía de las 2,75 pesetas que ganaba diariamente aserrando maderas, abandonó su trabajo, tomó el tren en Navalmaral de la Mata en cuanto supo mi prisión, y acompañado de dos amigos fué á visitar á mi hija en nombre de muchos jornaleros de aquella villa, permaneciendo en Madrid hasta que á los cinco días pudo saludarme á través de dos rejas.

Y aquel día yo, enorgullecido, y viendo en usted la representación fiel de ese pueblo á cuya defensa consagré mi vida, pensé aprovechar la ocasión primera que se me presentase para manifestar por conducto de usted mi agradecimiento á los humildes, á los olvidados, á los desconocidos... Y por esto le dedico á usted este libro, el primero de los míos que he dedicado á persona determinada.

El tiempo acaba con todo y todo lo nivela; mas en tanto quede un ejemplar de esta obra, ni él podrá impedir que vayan unidos nuestros nombres. Y esto me envanece.

Le devuelve libre el saludo que usted le hizo preso

JOSÉ NAKENS

A principios del mes de Julio se pondrá á la venta otro libro del mismo autor, en iguales condiciones que el presente, titulado: *Mi paso por la Cárcel*.

Y á dos pesetas también cada uno, para los suscriptores directos, se darán en adelante los siguientes, todos francos de porte:

Muestras de mi estilo, Puñado de ironías, Degradaciones y cobardías (2.^a edición), *Cuadros de miseria, Humorismo anticlerical*.

Libertad de no comer

Hambre y sed padecen los habitantes de Fuerteventura. Hambre y sed, á juicio de Costa, es la epidemia oficial, ahijada por el Estado en España. Nuestra Constitución, tan sabia, tan agradablemente entretenida, como libro de invención, tan cuidadosa en reconocer hasta las creencias que debe profesar todo español, no ha creído oportuno imponernos á los habitantes de España la obligación de comer todos los días y el deber de cenar antes de acostarnos. La Constitución no dice nada de esto, tal vez para no sobrecargarnos con obligaciones enojosas. El comer, como el bien y el mal, no debe ser nunca una imposición, una exageración del poder y de la fuerza. Y quizás por eso, así como se exige de todo ciudadano que sub-

venga con una parte del fruto de sus labores á las necesidades del Estado, y aún de sus hijos en caso de guerra para defender la independencia, integridad y decoro de la patria, nadie cree democrático, ni razonable siquiera, que se imponga la obligación á cada hijo de vecino de poseer las viandas necesarias para un buen yantar, y cuente con la cantidad necesaria de agua para beber y lavarse en los casos de apuro.

Preciso es reconocer la gran sabiduría del hombre ó de los hombres talentados que compusieron la Constitución. Estos hombres afortunados conocían á fondo á España, y no ignoraban que es más sencillo y más hacedero imponerle á un español el pago de la cédula, satisfacer tal cual impuesto y dar uno, dos, tres y cuatro hijos para la guerra, que exigirle haga las tres comidas reglamentarias. Gracias á su celo previsor, el hambre no es ninguna desobediencia á las leyes establecidas, y todos los ciudadanos que no comen porque no trabajan, ó que comen mal á pesar de trabajar mucho, no faltan á ningún precepto de la Constitución ni delinquen. Así como Dios dejó en completa libertad al hombre para que se inclinase al bien ó al mal, según sus gustos, la Constitución, igualmente sabia, reconoce la libertad del ciudadano para comer ó no comer, para que se acueste harto ó con hambre. Si el hambre, en cambio, se hubiese registrado en el sedudo libro cual delito, y se nos impusiera á todos la obligación de comer todos los días como debió de mandar Dios, habría que huir de España para esquivar los rigores de la justicia.

Admiremos, pues, la sabia previsión de los hombres talentados que compusieron la ley fundamental del Estado. Su clarividencia de lo porvenir, tal vez los hizo adivinar que, si era justo que los ciudadanos trabajasen para sostener con decoro al Estado, resultaba mucho exigir imponerles que comiesen y no se acostasen con hambre. Así hoy, después de muchos años, se comprenden la bondad de la Constitución y la blandura de los legisladores. El vagabundaje es delito y se castiga con mano dura al que no paga la parte que le corresponde de tributo. Trabaja es una obligación de todos. En España, unos más y otros menos, todos pagamos las pesetas que el Estado nos pide. Sólo el comer es de nuestra incumbencia, y la Constitución, tolerante y bondadosa, nos deja en completa libertad para acostarnos sin cenar y no pone las exigencias del estómago entre los deberes que han de cumplir los nacidos en España.

GUSTAVO

Carlismo catalán

Consecuencia, mejor dicho, causa de la ñoñez beata barcelonesa y del consumo de vaselina y pasteles liberales-vaticanistas que hace su prensa, es la vitalidad, cinismo y audacia con que aquí se manifiesta el carlismo.

Imitar la práctica del avestruz que cierra sus ojos juzgando que nadie le ve porque él no ve á nadie, no es prudente ni laudable. Por este motivo sería funesto error, halagando las propias convicciones, dar por muerto lo que todavía vive y cada día se robustece más en esta región.

El carlismo era una mancha peninsular que cada día se iba esfumando más en España; persistían algunos focos más intensos en las Vascongadas y Navarra; pero aquí, en Cataluña, apenas latía en lo exterior, aunque el fuego carlista continuara vivo bajo muchas cenizas.

Sucesos políticos que están en la mente de todos y que no necesito recordar sirvieron de aventador gigantesco; sus chispas corrieron de villa en villa, de ciudad en ciudad; la hoguera fatídica volvía á brillar de nuevo, el cadáver casi corrupto era galvanizado, se le inyectó nueva fuerza, y se levantó rememorando sus antiguas glorias. Muchos pechos sintieron el amargo reproche de haber dado calor á la vibora; pero el funesto error estaba consumado, y, dado impulso al espectro, él se encargó de caminar á pasos de gigante.

Hubo banquetes, partidas en los montes, derroche de discursos bélicos; aparecieron círculos, centros, *juventudes*, semanarios, boinas, fusiles y escapularios, y cayó sobre el Congreso y el Senado una bandada de *tradicionalistas*. ¿Quién lo pensara! El carlismo, decrepito, residuo anacrónico en Cataluña, apareció con el rostro fresco, las piernas sólidas y las manos ágiles dispuestas á manejar el gatillo. A infiltrarle nueva savia corrió la juventud católica y luísa, y hubo escaramuzas universitarias y boxeos en talleres y fábricas porque si tú eres *carlin* y yo soy *republica*. De vez en cuando sonaba el clarín de una partida insurrecta, y tiros en las calles de Barcelona con sangre vertida; en fin, todo el aparato que requiere el resurgimiento de un partido que tantas lágrimas y ruinas causó en el Principado. Los carlistas pedían y obtenían beligerancia; era el enemigo redivivo con más audacia y cinismo que antes.

Le calentaron el ambiente el clero catalán, el más cerril y montaraz de toda España, los conventos, las sociedades católicas, las señoras piadosas, y los ministeriales, que lo utilizaron á guisa de contrapeso para neutralizar la obra de los partidos radicales.

Enumerar la osadía que ostenta, y el cinismo de que alardea sería labor extensa; él se ha inmiscuido en el Ayuntamiento, Diputación, Gobierno civil, talleres y fábricas, casas de Banca y centros industriales, dándose el caso casi insólito en España, de crearse agrupaciones y círculos de obreros y jóvenes carlistas. Al volver á los sitios de pública administración de los cuales estaba desterrado, lo ha hecho con saña, malévolas intenciones, ansia del desquite y de la revancha que matiza todos sus actos. La prensa es la más procaz é insultante del Principado; jamás en papel impreso se oyeron en Barcelona los insultos, diatribas y abominaciones que estampa *El Correo Catalán* y los semanarios que á guisa de pañuelo higiénico recogen los flujos del desdichado diario carlista. No siendo del partido, se niega el agua y el fuego á todo el mundo, incluso á obispos y curas tildados de integristas y mestizos; todas las calumnias, rumores del arroyo, habillitas de lupanar y de comadres tienen acogida en sus columnas. Como en todo Cataluña no existe quien haga una campaña anticlerical como la mía por lo enérgica y bien documentada (no tengo la hipocresía de la modestia), y como el periódico donde escribo entra en los rincónes de las más apartadas aldeas, y no hay taller y fábrica donde no se lea, el carlismo me odia de muerte, y ha agotado en mi obsequio todos los insultos y diatribas.

La prensa carlista quiere ahogar mi voz con ceno y basura; ha escudriñado mi vida pasada, ha pedido informes á las ciudades donde he residido, ha habido carlistas que han tratado de sobornar á mis sirvientes para ver si en mi vida privada había lunares, como si la voz de la verdad perdiera el valor de su oráculo por atravesar un conducto más ó menos limpio, y de continuo regala mis oídos llamándome *apóstata, hereje, foco de infección*, en fin, todo ese repertorio que tan bien conoce Nakens, y que sólo se aplica al que pone el dedo en la llaga y va derecho con sus armas al corazón del enemigo.

Aquí, en todas las ocasiones que se han ofrecido (últimamente en el homenaje á Guimerá) los carlistas se presentan jugando á los soldados, en batallones, con sus banderas, boinas y banda de cornetas, marcando el paso militar, altivos, sonrientes, escupiendo por el colmillo, como si dijieran á los catalanes: «Ya véis que de esta marcialidad tan bien organizada, á echarnos al campo, no hay más que un paso.» Y lo harán el día menos pensado, que de menos nos hizo Maura.

En las puertas de las iglesias, jóvenes tocados de boina y un palo, venden la *Voz de la Tradición*. En los teatros hay *viernes blancos* carlistas, y con cualquier pretexto *aplechs*, veladas, conferencias, y hasta ejercicios de instrucción militar. El carlismo cultiva con predilección la planta de la juventud para que le sirva de retoño, y ésta, que en todas las provincias de España le fué siempre hostil, aquí se entrega con *amore* y entusiasmo, y existen en Barcelona, Mataró, Vich, Girona, Olot, Sarriá, Bañolas, Balaguer, Lérida, Sans, etc., etc., centros carlistas exclusivamente compuestos de jóvenes, con sus correspondientes bandas de tambores y cornetas, que sueñan á cada triquitraque. Ahora, con motivo del viaje de Mella á Balaguer, la Cataluña carlista se sale de madre. Leer los telegramas en que se describen los vítores, agasajos y fiestas en obsequio al propagandista de D. Carlos, apena el pecho liberal. En Reus, fíjese bien el lector, en Reus, la liberal y republicana, miles de personas tributaron á Mella una estruendosa ovación cuando el tren entró en aguijas.

Hace unos cuatro años ni Mella hubiera venido á Balaguer, ni los aplausos de nadie habrían halagado su oído.

El viaje de Reus á Lérida del Sr. Mella ha sido triunfal, escriben los periódicos.

Este espectáculo se da en Cataluña, cuna y abrigo de tanto liberal y avanzado, en pleno siglo XX.

Y ahora, mi venerado Nakens, siga usted publicando *Los crímenes del carlismo* y yo rompiendo lanzas á diario contra la reacción, mientras á Mella le cubren de flores en Lérida, y se lo comen de entusiasmo en Balaguer.

Si quieren ustedes más carlismo en Cataluña, pidan por esa boca...

FRAY GERUNDIO

Barcelona, Junio 1909.

Puros de á cuarto

Trescientos obreros llegaron á Valencia estos últimos días, contratados por una empresa negrera que los embarcó materialmente en un barco donde padecieron hambre y otras calamidades. Una cláusula del contrato les asignaba once reales de jornal; pero cuando se dispusieron al trabajo, les dijo el contratista que sólo les daba ocho.

¡Ocho reales por trabajar diariamente en una ruina, la de los Ojos Negros, por mal

nombre, y estando fuera de sus respectivos pueblos, en una ciudad donde se celebra una Exposición, y donde, por tanto, todo se encarece, comida y vivienda!

Las últimas noticias que alcanzo refieren que los trabajadores engañados tan miserablemente, rechazan el irrisorio estipendio y se albergan en la Plaza de Toros, esperando regresar á Almería, de donde vinieron.

¿Pero no hay quien pueda meter en cintura al contratista y obligarle á satisfacer lo que con su firma autorizó?

El gobernador de Valencia, el del puro, tan cumplidor de sus disposiciones que ha pagado una multa por fumar en un tranvía, para que todo el mundo sepa cuán puritano es el gobernador, ¿no hará un segundo ejemplar de su modelo en ese contratista que se fuma sus promesas y arroja la colilla sobre un montón de trabajadores arrinconados en la plaza donde los toreros ganan miles de pesetas en una tarde, mientras ellos no tienen un mendrugo que llevarse á la boca?

¿Qué no ocurrirá con los emigrantes, cuando desde Almería á Valencia se ve tanta falta de celo, tanta desidia, tan poca justicia y hasta tan menguada caridad con los que se desgranan por ganarse honradamente el sustento?

¡Pobres de los pobres en estos tiempos en que todos los que profesan las doctrinas de aquel que diz que vino á redimirlos, hacen lo posible por justificar esta frase de Rousseau: «Prefiero que me llamen ladrón antes que pobre!»

MÉDICO INNECESARIO

Se sigue hablando en la prensa de la curación milagrosa de la monja de Medina que padecía del corazón y de parálisis en las extremidades. Y lo gracioso es que hay periódico liberal que aparenta tomarla en serio.

Que los clericales inventen milagros para ver si reaniman un poco la fe muerta, se comprende: les va la vida del negocio en ello. Pero que les hagan el juego los liberales, esto ya resulta completamente absurdo.

Tan absurdo, como el que el médico de la Comunidad haya certificado que era imposible la curación de la enfermedad de la monja con las medicinas que él la recetaba.

Y se le ocurre esto á cualquiera: ó ese señor no tiene la conciencia profesional muy exquisita, cuando receta, por justificar el sueldo, medicinas que no curan, ó endosa á los santos la tarea que le corresponde; y en uno ú otro caso está demás en el convento, y podían los monjas ahorrarse el sueldo que le dan.

A menos que no lo tengan para curar enfermedades especiales.

MICROBIOS CLERICALES

También tu abuelo ochenta fué vocero.
—Procurador el tuyo.—¿Cuándo?—Cuando en el atrio del templo comerciando dejábase á Dios Padre sin dinero.
—¿Qué conservais del noble caballero que pasaba la vida peleando por su patria y su Dios, los que rezando arrojais los gurbanos del puchero?
—¿Cuánto santo tropiezo en mi camino! Como perros, hermanos del de Filis, cuya gula no sacia lucro alguno, vais haciendo que tome el vino el tinte mercurial de en *diebus illis*.

¡Olé los valientes!

¡Esos son frailes y esas son situaciones despejadas! Pero, en Rusia; aquí está muy decaído el espíritu clerical.

En Rusia, según telegrafían de San Petersburgo, llegaron ciertos bandidos á un convento de frailes con la más perversa intención; hay gente muy mala, muy descreída, y que no guarda al prójimo ningún respeto.

Intentaban robar, y se dibujon: «En la cabana de un mujik no hay rubros ni siquiera kopes... ¿Adónde ir por todo lo bueno? A un convento de frailes; son los mejores parroquianos del mundo; nunca les falta su por qué».

Y se encaminaron al convento, deseando saciar su hambre y su ambición. Pero ya un ángel había prevenido á los de los hábitos, que estaban bien apercebidos y al acecho.

Salió, pues, el prior, y encarándose con los facinerosos, atizó una tremenda bofetada al capitán, echándole á rodar por el suelo. ¡Allí fué Troya! Bandidos y frailes se atacaron con fusiles y revólvers, cada uno según sus costumbres y religión. En la refriega parecían todos unos.

Quedaron muertos definitivamente el prior, cuatro más, y nueve heridos, todos frailes.

Los bandoleros fueron más desdichados: falleció el capitán, y siguiéronle á los profundos infiernos once de su partida.

Como se ve, Dios protegió á los frailes; murieron menos religiosos que ladrones, porque de aquéllos se había acabado el sustento.

Lo que dice el cantar:

Que Dios protege á los malos cuando son más que los buenos.

En todas partes...

A pesar de la separación de la Iglesia y el Estado, en Francia se arma cada tiberio, que me río yo de España y sus islas adyacentes.

Los católicos de Pontoise tienen su Círculo de San José, como el de aquí, en la Plaza de la Paja (nombre adecuado), y al celebrarse la beatificación de Juana de Arco, penetraron los revolucionarios cantando un himno radical, al que respondieron los de la bofetada en la otra mejilla con la mar de tortas.

Trabáronse unos y otros en lucha descomunal. Estos peleaban por la idea (los revolucionarios); aquéllos, por llenar la andorga (los católicos); los bonetes andaban por el aire á vueltas con los gorros frigios; y la sopapina, los puntapiés de unos (los revolucionarios), y las coces de otros (los *josefos*), dieron al traste con la humildad cristiana, la resignación y otras monsergas que los católicos repiten todos los días.

Justo es que se defiendan cuando se les ataca. Al fin, quiero hacerles el favor de considerarlos hombres como otros cualesquiera. Y si no se defendiesen como gato tripa arriba, desmintiendo á los santos Evangelios, ¿habría un sólo cristiano en todo el mundo á estas horas? Ni para muestra. Se agarran á la vida y hacen bien. Lo de sus libros santos es pura guasa y reza con los habitantes de la luna.

Que no tiene habitantes.

Nota.—Si hay algún presbítero que se resigna á recibir las múltiples é interminables bofetadas evangélicas, yo sé quién se encargaría de ayudarle á ganar la gloria. ¿Hace?

Los que lloran

A todas horas estamos oyendo decir que vivimos en una sociedad eminentemente cristiana y al cristianismo se invoca para cerrar teatros, coartar libertades, sembrar tristezas, perseguir pobres, y hacer casi imposible la existencia. Lo que no aparece por ninguna parte, y no aparece porque no existe, es precisamente el cristianismo. Y este pensamiento me lo sugiere un espectáculo que vi ayer.

Una mujer joven, fea como un bicho, sucia hasta inspirar asco, con las greñas en marañadas y llenas del polvo de la calle, mal cubierta por unos guñapos que, acaso, hubiera desdenado el basurero... Un hombre con la cara embrutecida por el alcohol, la mirada reluciente de un modo febril, el bigote lacio y todo el aspecto repulsivo... Dos guardias que intentaban llevar á la mujer hacia la prevención, y unas cuantas docenas de curiosos que, indiferentes, miraban lo que allí sucedía.

La mujer aquella, á la cual insultaba el hombre y empujaban los guardias, tenía los ojos y la cara llenos de lágrimas. «¡Vaya una nota interesante, dirán algunos; todas las bribonas lloran con una facilidad asombrosa! ¿Dónde iríamos á parar si con cuatro lágrimas se librara uno de ir á la cárcel?»

Pues para que se vea lo que son las cosas, yo creo que es un cuento eso de que las lágrimas se fingen. Resulta sumamente cómodo el decir: «¡Bah, las mujeres lloran cuando les da la gana!» La realidad es que las mujeres, como todo el mundo, lloran cuando les duele el alma, cuando se les llena de amargura el espíritu, cuando sangra el corazón.

Aquel pedazo de lodo, aquel montón de basura que yo vi ayer, lloraba de tal manera, que las lágrimas hacían surcos en la mugre del rostro. No tenía hermosura, ni cariño, ni respeto, ni una falda con qué cubrirse. No tenía más que lágrimas, y esas en grande abundancia. Algo había de tener la infeliz.

¿Quién sabe! Acaso las lágrimas aquellas eran de vergüenza, de rabia ó de amargura. ¿Por dónde llega una mujer á verse dentro de un corro de curiosos, en medio de la calle, apostrofada soezmente por un tío, casi desnuda y llevada á empujones por los representantes de la autoridad? ¿Por dónde?

¿Qué pocos son los cristianos que quieren enterarse de esto! Por los tratos brutales de un padre y una madre que ven un estorbo en la chiquilla que nace; por los ejemplos de inmundicia inmundicia de una casa abierta á todos los vicios y á todas las degradaciones; por las palabras y solicitudes de los que no ven en una chica misera-

ble más que instrumento de fáciles placeres; por las caricias y los golpes; por el alcohol y el hambre; por el insulto y la frase obscena.

Cuando la mujer comprende, y lo comprende pronto, que no es más que un poco de carne hecha para amorar á los golpes del palo ó de la bofetada, ó dejarse ahogar por los apetitos y la lascivia del primero que llega, se entrega por completo al envilecimiento, siente la voluptuosidad del lodo y vive de impresiones. Sin embargo, llega un momento en que sube algo muy amargo y muy triste hasta el pensamiento, y los ojos se arrancan en lágrimas y el pecho se estremera con un suspiro.

¿Quién debe defender á las mujeres que no tienen quien las defienda? En una sociedad cristiana, los legisladores, los gobernantes, el clero, la aristocracia, todos deben acudir con escuelas, con asilos, con vigilancias, con asociaciones que no sean una farsa, con leyes paternales, con solicitud caritativa. En nuestra sociedad hipócrita y egoísta, los pobres no tienen derecho á nada, son la escoria que se debe barrer, el lodo infecto mezcla de tierra y llanto.

En una mujer, por tirada al barro que se encuentre, hay algo que infunde respeto, que no debe pisarse nunca, que llena la mente de ideas y de meditaciones.

Entre silbidos y risotadas fué á la Comisaría la infeliz aquella que lloraba, y en el aire vibraba la palabra de Jesucristo: «Bienaventurados los que lloran.»

PEDRO CRESPO

Barbarie... turca

Los turcos están matando armenios cristianos á bandadas, con el primor que acostumbra hacerlos allí.

Dentro de algunos años el santoral se aumentará prodigiosamente: «los cien mil cristianos armenios, mártires», etc.

Váyase por cuando los católicos hacían grandes sarracinas en los turcos. El mundo da muchas vueltas, y hoy por tí, mañana por mí.

Últimamente le ha tocado al obispo de Aldana, que ha sido preso por contra-revolucionario. Fué quien dió el principal golpe á la Constitución turca, y es probable que en breve suba al cielo para implantar allí un sistema reaccionario, última novedad.

Esos «jóvenes turcos» son terribles: prenden á un obispo como si tal cosa. Aquí estamos en un grado de civilización muy superior al de Turquía; son los obispos quienes nos prenden á nosotros... y nos fusilan, si les place.

La manifestación carlista

Gracias á los bozales que en forma de órdenes terminantes distribuyó el gobernador á los organizadores de la farsa de peregrinación que el 30 de Mayo presencié Valencia, no hubo que lamentar incidente alguno desagradable.

El clericalismo de las últimas capas reaccionarias soñaba con un desquite de las hostiles protestas que sufrió en cuantas ocasiones intentara hacer alardes de fuerza en esta republicana y anticlerical ciudad.

Aprovechando la Exposición, que representa sagrados intereses de todas las clases sociales y de todos los partidos políticos, el carlismo ha querido manifestarse cubriéndose cobardemente con la bandera del honor y de la cultura de los valencianos, cosa que no puede llamar la atención á los que cada día vemos cómo la canalla clerical hace barricadas de los santos, de las vírgenes, del Corazón de Jesús y del Sacramento del altar.

De muy mala gana, ya lo saben nuestros amigos, nos resignamos á guardar el más respetuoso silencio respecto á la peregrinación, no sin recabar promesas, que no se han cumplido, de reducir los actos á privados ejercicios del culto sin pretensiones de estudiada provocación á los sentimientos anticlericales de los ciudadanos.

La procesión ha sido un alarde intempestivo y ridículo de las fuerzas con que creen contar nuestros enemigos. Valencia ha presenciado con curiosidad y sin interés el paso por sus calles principales de los romeros con sus pendones á la cabeza, con su tute de obispos y la obligada *mare de deu*, editora responsable y forzada de estas sacrilégas cuchipandas.

El comercio, que soñó con pingües negocios á la sagrada sombra de la devoción, se ha llevado un soberano chasco.

Los romeros venidos á Valencia pertenecen á la clase de profesionales; el que más y el que menos ha estado dos veces en Roma y tres ó cuatro en Zaragoza y Lourdes.

Las mujeres, en su inmensa mayoría viciosas, beatas de oficio y capellaneras de abuelo, se traían hasta la silla de tijera para no pagar la aguilera en la iglesia; lo que habían de comer, hasta el pan, en sendos

taleguitos, y allí donde daba la hora se han sentado en las aceras, haciendo comedor de la vía pública; con decir que traían vasos para beber agua de las fuentes públicas para no dejar ni un céntimo en los kioscos, está dicho todo.

La protesta de Valencia ha sido muda, pero general, y en ella han tomado parte todas las clases sociales.

La aristocracia, ya por miedo a cualquier algarada, ya por no aguantar el hospedaje de los colonos de sus fincas, que en la esperanza de sacar el vientre de mal año se habían alistado como peregrinos, ha abandonado la ciudad, marchándose a sus posesiones cercanas; los católicos que nutren las congregaciones y hermandades se han contentado con colgar los guñapos del regocijo en los balcones y arrojar cuatro puñados de flores deshojadas.

El buen pueblo ha acudido a presenciar el gratuito espectáculo, como acude a todos los que se brindan a su infantil curiosidad, aunque sea el del patíbulo.

La manifestación, numerosísima, acaso de seis mil personas, estaba reclutada especialmente en la huerta de Gandía, donde es absoluto el dominio de los jesuitas, y en los pueblos de peor fama carlista de la Plana y del Maestrazgo.

Compañía, en general, obreros del campo, socios de esos círculos católicos que, para estos y otros menesteres, anda fundando el P. Vicent, y todos los viejos guerrilleros de las hordas de Santés y de Guacala y de los cabecillas asesinos de los liberales.

Ni por casualidad se veía entre ellos un sólo liberal, ni un sólo católico sincero, ni un sólo sincero devoto de la Virgen.

Aquello era simplemente una manifestación carlista en toda regla, abanderada con la de la Exposición y atrincherada bajo el manto de la titulada patrona de Valencia.

Y como esto lo sabe todo el mundo, el resultado del alarde ha sido contraproducente, y los romeros, los organizadores y especialmente el arzobispo, han sufrido el más espantoso ridículo; ni siquiera han logrado arrancar un silbido de protesta. ¡Eso hubieran ellos deseado!

Los romeros han ocupado en silencio la vía pública, interrumpiendo el tránsito por algunas horas, entre dos murallas humanas de curiosos.

En los puntos estratégicos había establecidos retenes de curas cerriles y hombres de acción, que no cesaron de provocar con sus intemperancias a los tranquilos espectadores y de dar estentóreos vivas, que nadie contestaba.

Un amigo mío, que tuvo la desgracia de nallarse al alcance de uno de aquellos cafres con sotana, harto de oírle barbarizar llamando bravos, leales, valientes y mártires, de la fe a los manifestantes, genuina representación de la España católica y honrada, le preguntó:

—Y dígame, señor cura: ¿dónde se meten estos bravos y leales católicos cuando llegan las elecciones? Porque, ya lo sabe usted, candidato devoto, candidato derrotado.

—Pues votan por los liberales, ó por quien les conviene, porque son unos far-
santes.

Ya lo saben ustedes por boca de un ministro del Señor, inspirado por el Espíritu Santo.

Que los romeros son unos solemnes far-
santes y la romería una ridícula farsa.

CANTACLAARO

Valencia.

El cantar de la esperanza

Bravamente, como un perro hambriento devora un hueso, como un lobo pelea en la nevada por llevar un mordisco de carne a las crías, el labrador, el pobre aldeano de los montes de mi tierra, echa la vida en sudores sobre los surcos que el arado viejo cava penosamente en los valles nebulosos de Campó.

Cuesta arriba, golpeado á bofetadas del viento, que le canta el himno burlón del hambre alrededor de las orejas, apezuñando el suelo pedregoso, sube al monte en su carro, que se leadea sobre las piedras salientes y medio cae en las hondonadas que han hecho las nieves y las lluvias. A escondidas de la estúpida justicia humana que le amenaza con la Guardia civil, porque busca el pobre la leña para el invierno perro, á escondidas, repito, de esa amenaza injusta, sube la cuesta tirando del carro de su vida.

Muchas veces le sorprende el ventisquero en mitad del camino, muchas veces tiene que pasar la noche en el monte; muchas veces baja empujado por el regañón, que echa de los portillos una mañana de nieve, una mañana de ventisca, sin horizontes, llena de nieblas que tapan los pueblos y se pegan á los ojos como una desesperanza al corazón... En otras ocasiones viene toda la noche de camino, debajo de la brutal helada, hasta llegar á Reinosa con su carro de leña ó de carbón, que le regateamos impía, egoísta, canallescamente.—Es muy caro... Le doy á usted cincuenta reales, y está pagado de sobra...
¡De sobra!... E inmediatamente, robado

asi, le guiamos á nuestra casa, vuelca el carro, echamos lumbre en nuestra cocina, le pagamos, y se va triste, hambriento, otra vez camino de la aldea, á través del sendero pelado y debajo de la ventisca, que le lanza su carcajada irónica alrededor de las orejas tiesas...

...Pues canta. Un amor le anima siempre, una esperanza le sostiene, una oculta y desconocida poesía le conmueve, le alienta, le ayuda, le habla profundamente de la vida... Lo mismo á la vuelta de la siega sudorosa y desgastadora en la noche silenciosa y magnífica de los campos, que á la subida perra, montes arriba, en busca del pan del invierno, ó de la novilla extraviada, el pobre labrador, el desdichado trabajador de los campos, que no ha gozado nunca los placeres y comodidades de las ciudades acaparadoras de todo, lanza cantares hondos que le animan y resucitan.

¿Le llaman al trabajo cuando amanece? ¿Le llevan á la guerra? ¿Le llevan á la cárcel injustamente? ¿Le quitan la novia? ¿Vive lejos de la tierra querida? ¿Se acuerda de su madre? ¿Tiene que defender algo?...

Pues canta su cantar; es todo para él... La música esa, suave, que entra en todas las almas como una caricia de novia, le consuela, le alienta, le da valor, le defiende de todas las penas y le levanta de todas las caídas... Un cantar puede hacer grande á un aldeano, sacarle de entre el vulgo, abrirle soleados horizontes. Un cantar le explica el amor magnífico por la mujer... Pues un cantar puede conmovir una aldea, puede conmovir una raza... Y del campo, en donde las almas están llenas de sentimientos y alienados de gran justicia, del campo puede salir una estrofa soberbia, un cantar que penetre en todos los corazones y los levante á una.

¡Ese trabajar mucho y ese ganar poco están inspirando la música solemne del Cantar de la Esperanza!

R. SÁNCHEZ DÍAZ

Ellos son

En una iglesia de Limoges varios *cacos* se apoderaron de valiosas joyas pertenecientes á las imágenes, de un copón y de muchos ornamentos sagrados.

Este robo, como todos los que se perpetran en los templos, me hace pensar más que á los impíos, y acaso también más que á los católicos, párrocos, deanes, obispos, etcétera, etcétera.

¿Cómo las santas y milagrosas imágenes, guardadoras de nuestro bien, no cuidan de los suyos? ¿Cómo no detienen al ladrón, ó le parten con un rayo, ó dan un grito avisando á la autoridad para que lo detenga?

Y por otra parte, ¿qué hacen los guardianes de iglesias para impedir los robos frecuentísimos del tesoro que les está encomendado? ¿Cómo el Espíritu Santo no comunica á los predicadores el nombre, las señas y demás circunstancias de los sacrílegos?

Porque casi nunca son habidos estos rateros de iglesias. Y una de dos: ó los santos, incluyendo al Espíritu ídem, no consideran como suyos los objetos robados y no se les da un pito que desaparezcan, ó no los juzgan delincuentes por conocer sus muchas necesidades ó por dárseles de antifetichistas y austeros.

Me afirmaría en esta convicción si ciertas dudas de carácter perfectamente humano no me lo impidieran. Francamente, como no he visto ningún milagro todavía, creo más en la acción y en el egoísmo de los hombres que en la intervención milagrosa de las imágenes; y cuando veo que los robos en sagrado se repiten con tanta frecuencia, en perjuicio de los sacerdotes, sin hallar á los autores de tales fechorías, digo: ellos son los culpables... por negligencia ó descuido.

Y no hay quien me apee de mi fraile.

LOGOMAQUIA

Conocí yo á un señor (porque el caso es histórico) que solía decir á sus hijos, todos pequeñuelos, con gravedad fingida:

—El que sea bueno, el que se esté quieto y no «dé guerra», *participará de las participaciones que los demás participen.*

¡Adivinen ustedes, inteligentes lectores, lo que allá, en sus almitas, se imaginarían aquellos inocentes que significaba tan extraña promesa!

Lo cierto es que los chicos no se movían; prueba concluyente de que daban á la hue-ra fraseología del papá un valor que estaba muy lejos de tener.

No puedo remediarlo; en eso que acabo de referir he visto siempre un simbolismo, pueril si se quiere, de lo que ocurre con las

zarandajas religiosas. El lenguaje místico y teológico me parece exactamente el mismo que el que usaba el papá de mi anecdota:

«El que se esté quieto, *participará de las participaciones que los demás participen.*»

¿Dicen otra cosa los predicadores, en el púlpito, cuando hablan de la otra vida y *formulan* promesas y amenazas para esa *otra vida*?

¡Qué manera de barajar fantasmagorías insulsas! ¡Qué palabrería tan hueca! El cielo para los bienaventurados, el infierno para los réprobos, el purgatorio para la... *clase media*, el santito por acá, el milagrito por allá, los coros de ángeles y serafines, el fiarlo todo de la Virgen (aun sin correr), remediadora de *todos* nuestros males... Todo esto, y todo lo demás, suena en mi empecatado espíritu lo mismo que las palabras del papá de mi anecdota:

«El que se esté quieto, *participará de las participaciones que los demás participen.*»

Tampoco puedo remediar la tristeza que esto me infunde. ¡Miserable condición en la que vivimos todavía los borregos humanos! Se nos habla el lenguaje de la razón, y no lo entendemos ó nos resistimos á entenderlo; rechazamos, con furia algunos, lo *natural* y lo *evidente*; pero nos dice un mentecato cualquiera cosa ininteligible y absurda y... boca abajo todo el mundo.

¡Oh poder de la logomaquia!... ¿Seremos eternos niños? Para que *nos estemos quietos*, ¿será preciso ofrecernos siempre que *participaremos de las participaciones que los demás participen*?...

JUAN NUEVO

Se me dice de Ceuta, que apenas pasa día sin que se registre una evasión, una reyerta sangrienta, ó un homicidio en la Colonia Penitenciaria, debido al estado de excitación en que están los penados por efecto del mal trato que reciben en todos sentidos.

No tengo otro dato que este para juzgar de la certeza de esa denuncia:

Todos los empleados siguen en sus puestos tan tranquilos.

Y estar tranquilo en el Cuerpo de Penales, significa casi siempre que se pega, se amarra, se merodea ó se *economatea*.

Los que no hacen nada de esto suelen estar con el alma en un hilo.

Expuestos á que los *expedienteen*, los suspendan de empleo y sueldo y los echen á la calle.

Desgraciadamente para los presos, hay pocos así.

La religión de la seda

Basta abrir el Evangelio por cualquiera de sus páginas, para convencerse de que Jesucristo puso todo su empeño en que constase que fundaba una religión en que los motores que habían de impulsar y dar fuerza y triunfar de los obstáculos, eran la humildad y la pobreza.

Han corrido los siglos, y tan otros han sido los derroteros seguidos por el clero y las órdenes religiosas, que hoy se puede hacer esta rotunda afirmación: sin seda no hay catolicismo posible.

Si al Papa le quitaís el trono de terciopelo, la silla gestatoria de raso, la capa de *moiré*, las sandalias bordadas y la vistosa faja de aúreo fleco, le habéis quitado el pontificado. El Papa sin seda, no es el Papa.

Los cardenales, apenas son creados, reciben un solideo y birrete de púrpura seda, y de ella forman todo el vistoso traje como señal de que están más cerca de Jesucristo en la Iglesia.

Los presbíteros no tienen más anhelo ni dorado sueño que vestir la seda de un traje coral. Piden y obtienen privilegios para usar sédeo hábito fuera de la catedral á que pertenecen, y cuando obtienen la mitra pueden decir que han llegado á la perpetuidad de la seda. Ya la usan en la iglesia, en casa y en la calle.

El culto católico es el culto de la seda. Las imágenes de Cristo y de la Virgen no logran adoración ferviente de los fieles sino envueltas en seda.

La histórica Virgen del Pilar no admitía, al parecer, vestido alguno; pero la devoción de los cristianos no podía conformarse con que allí no hubiera seda, é inventó que desde los pies de la escultura bajasen unas faldas de seda cubriendo parte de la columna.

Nuestra Virgen de la Almudena de Madrid, cubierta tuvo la artística y antigua talla por costosos mantos de seda, y cuando el buen gusto artístico del sacerdote D. Gerardo Mullé de la Cerda logró que la imagen se despojara de sus vestiduras, los fieles devotos y el clero protestaron y dijeron que

jamás la Virgen de talla lograria la veneración que envuelta en vistoso ropaje de seda.

En Sevilla son las procesiones exposición, por cierto magnífica, de mantos y túnicas de terciopelo y raso que cubren maravillosos bordados.

Los ornamentos del culto católico no los podemos ni aun imaginar sino de seda, y de seda cubrimos las paredes del templo cuando celebramos intentamos una solemnidad religiosa.

De seda son las casullas, de seda las dalmáticas, de seda los siales en el presbiterio, de seda los reclinatorios episcopales, de seda las capas pluviales, de seda los sobre-hombros, de seda las mitras, de seda las cogaduras, de seda la púrpura cardenalicia, de seda las sandalias de los prelados, de seda los cíngulos, de seda las vestiduras del Papa, de seda las cubiertas de los misales; todo de seda: sin seda no hay nada en la católica Iglesia.

Contestación, pues, que debe darse á Jesucristo cuando pregunte si se le acata en el mundo.

«Señor: ¿quisisteis una Iglesia en que fuera todo la pobreza? Nosotros hemos hecho con vuestro nombre una religión en que lo es todo... la ¡seda!»

G. B. DE S.

RIOTINTO

RIOTINTO-NERVA

El esclavo suelto. — *Empiezan las riñas.* — ¿Y los guardias? — *Uno que conoce sus derechos.* — *Coros y fieras.*

Si el principio de autoridad ofende y se hace odioso en Riotinto por injusto y tiránico, en Nerva irrita por caricaturesco y blando. El esclavo está bien sujeto donde la seca figura del inglés se halla presente; dos kilómetros á la derecha anda suelto y desbridado.

Hace un cuarto de siglo era Nerva una aldea dependiente de Riotinto. Hoy es una villa de 20.000 habitantes. Hay un centenar de propietarios—propietarios de casas, que los campos pertenecen á las minas y los humos dejaron los pelados de vegetación.—Este centenar de propietarios y algunos más de comerciantes é industriales forman la clase semi-independiente. El resto de la población se compone de mineros.

Si todos no, llegan á dos ó tres millares los que pasean por la calle central cuando entro en Nerva. Todos los días, al terminar la faena, el minero se lava, se pone su mejor ropa y se lanza á esta larga vía decidido á gastarse alegre ó torpemente el vale de diez reales que la Compañía le entrega. En el centro de la calle hay una plaza, y en ella un tablado donde toca la música. También son mineros los que tocan, y no es cosa de pedir á sus callosos dedos primores de ejecución. Las mesas que los cafés instalan en esta plaza están todas ocupadas, y llenas de gente están los numerosos establecimientos de bebidas que hay en la calle...

De pronto, cuando aún no he dado treinta pasos entre la gran muchedumbre circulante, oigo voces roncadas, suena una hermosa bofetada, y el que la recibe está á punto de caer... Brilla un revólver... Algunos hombres rodean á los contendientes, forcejeando por quitarles las armas. Entre tanto la muchedumbre se empuja, se estruja, se arremolina y cae pretendiendo huir. Sabe por larga experiencia que estos mineros son poco afeitados al arma blanca, que sus revólvers son malos, sus pulsos inseguros por el alcohol, y que el proyectil raras veces toca en su blanco y casi siempre hiere en la masa movizada de los viandantes.

Cuando la calma empieza á restablecerse, el público grita en son de burla:

—¿Y los guardias? ¿Dónde están esos *tumbones*?

Los guardias, que estaban á cincuenta pasos oyendo la música en la plaza, acuden ahora trotando y con la mano puesta en los sables. Aún tienen tiempo de detener á uno; el otro se ha marchado y nadie se preocupará en buscarle.

La gente reanuda el paseo, y antes de llegar al término de la calle observo nuevas carreras. ¡Otra riña! Como estos hombres nada tienen que hacer hasta tornar á la mina, pasan el tiempo riñendo. Un alcalde también pasa, apoyándose ufano en su bastón de mando. Con él vienen algunos municipales. Los mineros miran esquivos á la autoridad; algunos dicen: «¡Vámonos, que pueden cachearnos!», y se alejan por las calles próximas.

Empiezo á desandar lo andado, y en medio de la carrera se agolpa la gente. ¿Otra riña? No; la riña es ahora en una de las calles adyacentes. Por ella bajan gritos desolados de mujeres, y una voz que implora: «¡Pronto, vengan pronto, que la mata!» Hacía allí se encamina con grave paso el señor alcalde, y algo más ligeros los municipales. Cuando llegan, dan recios golpes en la puerta:

—Abran pronto á la autoridad...

Y de adentro sale una voz robusta:

—¡No quiero!

Los golpes siguen resonando, y la autoridad mandando:

—Abran pronto.

Y de dentro replica la voz robusta.

—Conozco bien mis derechos, y no abriré sin mandamiento judicial.

El señor alcalde y sus agentes dan media vuelta y se retiran tranquilos.

En la calle, animada, sigue engrosando el grupo. Un minero que lo capitanea habla recio; pero como la gente es mucha, no le oigo. El grupo se pone en marcha calle abajo, con aire de solemne y ordenada manifestación.

—¿Dónde van?—pregunto.

—A pedir la libertad de uno que riñó hace poco.

Ni más ni menos que si se tratase de algún orador que en el mitin se le calentó la boca.

Los manifestantes no debieron de encontrar al señor alcalde, harto ocupado en velar por la tranquilidad de la villa, y si le encontraron, sus gestiones fueron ineficaces. La cárcel está frente a la fonda, y el simpático borracho se pasó la noche dándose serenata. Unas horas le daba por golpear la puerta de su encierro, y las patadas eran tales, que debían resonar en el confin del pueblo; otras horas dábale la ventolera por bailar tangos y requebrarse él mismo; luego lloraba amargamente su desventura; después insultaba al carcelero y a toda su distinguida familia. Con el nuevo día cesaron las patadas, los llantos y las voces. ¿Se cansó él o me dormí yo?

Al despertar eran las tres. Tenía el tiempo necesario de comer a la ligera y dirigirme a la plaza, donde una cuadrilla de heróicos mineros iba a martirizar dos novillos. Antes de empezar la función las pendencias comenzaron en el tendido de sol. Bofetadas, puntapiés, palos secos. Las mujeres se alarmaron, y muchas tuvieron que huir al ver los revólvers. Los municipales detuvieron al que en la refriega llevaba la peor parte, y los demás siguieron discutiendo, apostrofándose, desgarrándose las ropas y de cuando en cuando asestándose puñetazos que valían por doblones.

El único detenido subió con la pareja a la presidencia cuando el primer novillo salía del toril.

—Esto no es justo, señor alcalde!—gritaba el borracho.—Tres palos me ha pegado, y tengo que devolverle seis!

Y el señor alcalde le decía muy grave:

—Firme, por haber reñido!

—Protesto. Yo no reñía: era con un amigo mío... ¡Mírelos allí riñendo!... Yo me metí en medio, y el otro me pegó tres palos que aún me duelen. ¡Un tiro voy a pegarle!

Y como el borracho hacía intención de irse, el señor alcalde ordenó al aguacil que le tuviese a su lado.

—Tres palos!—seguita diciendo a su guardián.—¡A un hombre como yo no se le deben pegar tres palos!

El alguacil no le oía por interesarle más las peripecias de la lidia; pero el otro no se resignaba a callar, y bajó algunas gradas para contarle a un amigo que le habían pegado tres palos. Al notar su ausencia, el alguacil empezó a llamarle paternalmente:

—¡Muchacho; ven acá, muchacho!... ¿Pero no oyes lo que te digo, muchacho?...

—¡José!... ¡José!... ¿Estás sordo, José?...

El alguacil volvió a distraerse viendo cómo remataba la lucha entre un minero y el novillo. El animal resistía heroicamente, sujeto por los cuernos; el otro animal hizo un supremo esfuerzo, lo levantó de patillas, y lo derribó en el suelo. Al terminar la ovación, el alguacil llamó a José. El muchacho había huido. Yo también hui por la puerta próxima.

M. GIGES APARICIO

A una señora

¡Cuántas ideas suyas cambiarían, si leyese usted aquellos libros y aquellos periódicos de todos los países que ve usted algunas veces amontonados en mi mesa, y que mira con aire de repugnancia!

Descubriría una legión de pensadores potentes y serenos, de quienes se asombraría haber ignorado el nombre hasta ahora, y que cada una de las personas que la rodean lo ignore, en los cuales se aunan la fuerza de una ardiente fe y la autoridad de una vasta y nueva cultura; naturalezas intelectuales, templos de almas nuevas, gallardas é ingenuas, apasionadas y pacientes a la vez; mujeres de ingenio viril y de corazón angélico; poetas incultos en cuyos versos informes relampaguean imágenes inmensas; autores didácticos solitarios, surgidos de la gleba, en los cuales se adivinan estudios fatigosos, comprobados, violentos como una lucha física proseguida por veinte años en la buhardilla y sin fuego, á prueba de sacrificios heroicos; una falange de escritores extraños, áspers, atormentados, oscuros, de los cuales se ve á través de cada página sudar la negra frente y brillar los ojos sangrientos, quemados por la reverberación de los hornos, pero dotados de una elocuencia misteriosa, que la harían pensar, señora, día y noche.

Escucharía de rudas bocas de trabajado-

res verdades y razones que ningún libro ha dicho nunca; narraciones de miserias y gritos del alma que la harían temblar como el murmullo de los sollozos de un mundo; palabras de piedad y de ternura que se crearía obligada á repetir á sus hijos y que no se le borrarían jamás de la mente. Y acabaría por amar á todos aquellos hombres de todas clases y de todos países, que llevan sobre la cerviz, como una estrella roja, la misma idea, que se cambian á través de los mares y de las fronteras palabras de fraternidad y de esperanza; y poco á poco, abrazando con el pensamiento el horizonte vastísimo, viendo fulgurar la idea sobre miles de campos de batalla, y las legiones estrelladas avanzar y surgir por todas partes, engrosando á lo largo del camino como torrentes de inundación y sumergiéndose en cada oleada una ruina del pasado, sería quizás sacudida usted misma por un estremecimiento de entusiasmo, y exclamaría:—¡Es justo, es benéfico, es necesario que esto suceda!

EDMUNDO DE AMICIS

Fieras en libertad

¿Hay algo más atroz que la furia clerical cuando se desata contra los herejes? Sí, la miomafuria cuando se revuelve entre clérigos. Ni el monstruo del Apocalipsis es tan espantoso.

Suspendió el provisor del obispado sus licencias á dos sacerdotes de La Laguna y se armó una trapatiesta horrorosa entre los fieles de la misma comunión.

Los vecinos se amotinaron y pidieron tumultuosamente al obispo que retirase el castigo impuesto á los dos curas, y en vista de que el prelado se hacía el sordo, apedrearon el palacio episcopal y el Seminario, donde residían los paúles, no dejando vidrio en puerta, ventana, ni balcón; y no se comieron á su ilustrísima por no tenerle á mano.

¡Qué horror! Pero lo más grave en este asunto, propio de ellos, es que se nos van á colar aquí los curas perjudicados, los paúles y hasta el obispo.

Dios nos libre y si no puede Dios el demonio, sea quien sea, de esa «menagerie» que trae todas las fauces abiertas y chorreando sangre.

Ya tenemos demás con las del Retiro. Conste que no he dicho fieras por respeto á su ilustrísima: es un gran domador de curas. Y á lo que estamos, á que no quede uno con licencia para echar las zarpas.

DESPRECIO A LA CIENCIA

Una señora de Sevilla le escribe á una hermana suya residente en Madrid:

«Vemos con satisfacción y alegría que la gravedad de tu dolencia ha desaparecido y que has podido salvar la pierna merced á la acertada asistencia del médico.

¡Gracias sean dadas á la Virgen de la Misericordia y al Sagrado Corazón de Jesús!

Mientras los devotos los tratan con desprecio, los médicos se pirran por aparecer cada día más creyentes. Lo mismo forman Congregaciones religiosas, que certifican la perpetuación de milagros.

¿Que no lo hacen todos? Ciertamente. Pero es que no debería hacerlo ninguno. El bisturi no puede ser ortodoxo.

¿Que hay que buscarse la vida. Si alguna clase puede hacerlo dignamente, es la médica. Podrán los clericales fingir que creen en la eficacia de los milagros, en la virtud curativa de las reliquias, mientras están sanos; en cuanto caen enfermos sólo se fían del médico, sin reparar en si piensa de éste ó aquél modo. León XIII llamó á uno que era masón y el cardenal Ceferino González se puso en manos de un protestante. Y así todos.

Cuando el historiador juzgue esta época de rebajamiento y cobardía, la resumirá así, después de acumular los hechos vergonzosos más salientes:

«Hasta los médicos aparentaban creencias religiosas.»

ANDANDO POR MADRID

No sé qué título poner á esta crónica. Después de leída pongan ustedes el que gusten, que será de mi agrado, aunque no seguramente del de nuestro egregio alcalde é inmaculado concejales.

Bajaba yo por el Paseo de Martínez Campos, y al llegar á la plazoleta que hay en el cruce de la calle de Miguel Ángel, torcí á la izquierda, y un tropezón con un objeto duro me hizo detener, buscando en la semiobscuridad del crepusculo el objeto con que había tropezado.

Era una estatua de bronce tirada en el suelo, boca arriba, tapada la cabeza con una espuerta vieja y cada una de las manos con otra. Atada al cuello tenía una soga que por su otro extremo se ataba á la verja de un hotel, para indicar que por allí no se podía pasar; pero como la cabeza sobresalía, de ahí el tropezón. Más allá se veían algunas piedras tiradas, y en medio de todo un cajón de madera en cuyo interior había un guarda.

La pícara curiosidad y el pensamiento de que era sábado y necesitaba una crónica para EL MOTIN, me hizo acercarme al guarda y preguntarle qué era todo aquello, y me contestó:—Es una estatua que van á colocar aquí.—¿Nueva?—No, señor; es la que había en la plaza ó glorieta de San Bernardo.—¿Lleva aquí mucho tiempo?—Casi un año.—¿Y para qué le ponen esa cuerda?—Para encerrarla y que la gente no tropiece. Instintivamente llevé mi mano á la dolorida espinilla, concentré mis recuerdos, y una exclamación escapó de mis labios: ¡Lope de Vega! ¡Lope de Vega! Sí, Lope de Vega, que en estatua, tirado en el suelo, amordazado, y tratado de encerrar por la inconsciencia del vulgo representado por un guarda y su cuerda, ha surgido del bronce como surgió de la materia, iluminando una época con los destellos de su portentoso genio.

En un instante pasó por mi pensamiento un mundo de ideas. Recordé á Colón prisionero, á Servet quemado, á Cervantes matado á disgustos... ¡No! Dije para mí, los hombres que tal hicieron no eran civilizados; aquellas eran unas épocas salvajes... Miré al presente y vi á Peral abandonado; á Placencia, Ontoria, Villamil, olvidados; la sociedad de sabios que animosamente persiguen la aviación en España, detenidos en su camino por presiones militares incomprensibles.

Y recordé á nuestros concejales, cuya misión debía ser inspeccionar constantemente la población, vigilando á aquellos encargados de vigilar á los demás, corrigiendo faltas de policía urbana en la calle, metidos constantemente en la Casa de la Villa á caza de un cargo, de un destino ó de un favor, no siempre regulares; dispuestos á pronunciar un discurso y haciendo, en fin, todo aquello que dé popularidad y engañe al público para otra elección... Y ¡no! me dije: no estamos en una época salvaje. Lope de Vega amordazado en labios y amarrado en mano por el mismo Ayuntamiento que niega una subvención al Teatro Español, es un caso de lógica pura.

El rey de los ingenios tirado en el suelo, es un símbolo. ¿No han tirado por los suelos proyectos tan beneficiosos como la canalización del Manzanares, el Metropolitano, y el plan general de saneamiento, persiguiendo á sus autores? ¿No están dificultando el abastecimiento de aguas á las zonas altas? ¿No están sin unificar las zonas de ensanche, imposibilitando el desarrollo de la 3.ª, que es la mejor urbanizada? ¿Qué de extraño tiene que esos mismos gasten 3.500 pesetas al año en mantener dos guardas (de día y de noche), para tener tirado á Lope, cuando por menos se podían colocar en su sitio estatua y pedestal?

¿Y es este el Municipio de la capital de España? ¿El que debía ser modelo de los demás? Desprecia á Lope y suprime la fiesta del 2 de Mayo. Poesía y valor: ¿para qué servís en aquella casa? Cambiad de nombre; poneros el de monopolio ó negocio, y tendréis la puerta abierta.

Un cuerpo con la cabeza y el corazón metidos en el estómago. La mayor de las deformidades rigiendo á un pueblo, á una capital. ¿Y á esto le llaman progreso, civilización?... No, es cobardía, abandono, pasividad; el reinado del general No importa. ¡El pueblo que hace un siglo regó con su sangre las calles luchando contra un enemigo superior, olvidado hoy oficialmente, y el genio representado por Lope escarnecido por los que dicen ser representantes de Madrid! Si tal estado de cosas se prolonga, si los madrileños no protestan de estas dos profanaciones... entonces... estarán justificadas.

¡Poesía y valor! Siempre habéis sido alma y cuerpo de los madrileños. Con una copia y una escopeta se han hecho las mayores heroicidades. Si os quitan lo segundo, sobre lo primero. La Marsellesa llevó al 93. Perico el ciego al 68.

Para que sigan rigiendo á España los hombres de 1898, es preciso que la poesía encarnada en Lope esté amordazada, y el valor en el 2 de Mayo suprimido.

Y así seguiremos. Pero tengan en cuenta alcalde y concejales que para tapar la cara de Lope la espuerta está boca abajo, pero que es muy fácil darle la vuelta; y que si la fiesta del valor se suprime, el recuerdo y el ejemplo quedarán, y puede ocurrir que al pasar por la calle el burro cargado de escobas, una copia alusiva sirva de chispa, y la multitud (léase cuerpo electoral) las recoja, y llene con vuestros despojos, convertidos en basura, la misma espuerta con que quisisteis tapar al genio.

JUAN PÉREZ

Por delante y por detrás

A los católicos del Ferrol se les concedió permiso para celebrar una solemne procesión, como agasajo al obispo de la diócesis.

A los socialistas, gentuza obrera, no se les permitió el mismo día celebrar una manifestación en la misma ciudad.

Todos somos iguales ante la ley... teóricamente. En la práctica hay diferencias esenciales: al que trabaja, palo y tente tieso; al que huelga y chupa de los demás, confites gubernativos. Al que avanza, mirando al porvenir, se le echa la media luna ó los perros; al que reula se le da un papelito transparente, un pasaporte regresivo para el uso que quiera.

Igualdad ante la ley, sí. Sólo que la ley tiene su parte anterior y su parte posterior, como todas las figuras humanas y las ontológicas representadas á semejanza nuestra.

De pesca

La Universidad católica de Lovaina ha nombrado catedrático honorario á Santiago Ramón y Cajal.

Tolerancia, dicen los demócratas de po. aquí. No. Comercio, diplomacia, cuquería...

Siempre la religión católica ha querido atraerse los grandes prestigios para adornarse con ellos y sujetarlos después. El arte, la ciencia, la literatura, hasta el laurel de la guerra, todas las pompas humanas la han servido para deslumbrarnos y oprimirnos.

Ramón y Cajal tiene fama europea. Es materialista ¿mas á ellos qué les importa? ¿No lo son también en el fondo? Cuanto á las apariencias, quizás tengan la esperanza de verle claudicar. Se empieza por ser catedrático honorario de una Universidad católica y se acaba por llevar un cirio en una procesión.

Y á eso se tira: á pescar peces gordos.

BEETHOVEN

El Sordo Inmortal.

Los notables trabajos que le han dedicado Juan Chautavoine, Prodhomme, Pedro Lalo, Pioch, etc., y la conmovedora biografía de Beethoven que ha escrito el autor del admirable Juan Cristóbal, Román Rolland, han popularizado la figura moral y física de una de las más puras y más altas creaciones de la Humanidad, sin duda la más alta y la más pura.

La gloria del músico inmortal, á quien París va á consagrar un monumento, está hoy en los labios de todos. Mañana estará en todos los corazones: precisamente donde quiso él reinar. «Salir del corazón para llegar...» Tal fué su lema hablando de música.

Todas las desgracias se unieron para anonadarlo. Había nacido alegre y expansivo. La bondad era el sol que iluminaba su vida, el sol que él hubiera querido hacer brillar para caldear el mundo entero. Pero el mundo le abandonó y el dolor le condenó á la soledad. Era todo amor y ternura, y las mujeres lo abandonaron, no pudiendo resistir el brillo de su genio. El universo entero resultó pequeño para ser abrazado por el coloso, y éste se aprisionó en el dolor.

Para librarse de la crueldad de la suerte, se refugió en el mundo de los ensueños. La eterna música de los ríos y de las selvas, el admirable concierto de las diversas estaciones, en el cual se sumergía deliciosamente, le consolaban de estúpidos desdenes. En el arte hallaba fuerzas para vivir y para luchar.

Esto también le faltó de repente. Comenzó á no oír, otorgándole verdaderamente el destino derecho á odiar y á blasfemar.

Beethoven, expulsado de todos los jardines y de todos los banquetes de la vida, no podía ya pensar más que en morir; pero prefirió vengarse, y se vengó de un modo magnífico. Las desdichas fueron para él un desafío, y lo levantaron. Todo lo que se le negaba, salud, alegría, amistad, familia, amor, música, lo creó dentro de sí mismo con el poder inmenso de su genio, y vivió para exteriorizar esta creación interior y darla al mundo á cambio de lo que el mundo le quitaba.

Acaso el destino concedió á Beethoven la sordera como gracia terrible. Así, en vez de expresar los afectos externos, como hubiera hecho á no estar sordo, penetró en la armonía invisible, el ritmo silencioso, el impenetrable misterio. Lo que él oyó y escribió para nosotros no hubiera llegado á nuestros pobres oídos sin aquella sordera. Su música constituye un milagro auténtico.

Nació Beethoven en Bonn, cerca de Colonia, en el cobertizo de una pobre casa que hoy es lugar de peregrinaciones, y durante el mes de Diciembre de 1770.

A mi pesar, yo evoco otra natividad. Pienso en otro niño que vino al mundo mil setecientos años antes, en el mismo mes de Diciembre, y que también enseñó al mundo y lo conquistó con los afectos de su corazón. Pero al lado del lecho de paja de ese niño y de los pastores humildes, brillaron los dones reales de los magos iluminando el establo. Al lado del catre de la pobre criada, madre de Beethoven, no hubo ni magos ni pastores. La pasión comenzó inmediatamente.

Son muy distintos los tiempos y los países. El buen alemán no es el buen samaritano. Aquí el sol no dora los caminos ni da encanto a la sombra de los portales. Las cortesanas no perfuman los pies del caminante cansado, la casa de Lázaro no acoge hospitalaria, y las muchachas, los pecadores, los publicanos y los centuriones no se conmueven con las parábolas. Aquí no hay más que un padre alcohólico que enseña el solfeo y el piano a fuerza de puntapiés.

A los diez y siete años pierde Beethoven a su madre, a quien adoraba, y queda como verdadero jefe de la familia, con un padre indigno y dos hermanos, a cuyas necesidades hay que atender. Carga con la cruz desde la juventud. La lleva durante toda la vida; y cuando muere, abandonado y traicionado por un sobrino, al que ha querido como a un hijo, tiembla la tierra, se oscurece el cielo y retumba el trueno. ¡Como en la muerte del otro Cristo!

Siquiera el otro no estaba solo. A través de la Judea seguíale un puñado de discípulos afectuosos, atentos, nutriendose con sus palabras y atestigüandole su fervor. Solamente a última hora, y cuando la pérdida de sangre le había hecho casi insensible, le dieron a gustar la esponja con hiel.

Beethoven, no solamente cuando erraba por la campiña austriaca, sino en medio de las calles de Viena, en el teatro, en el restaurant, hasta rodeado de amigos y aclamado, estaba solo siempre. La sordera ponía un muro de acero entre él y el mundo. En la plenitud de la vida, cuando todos los ardores, todas las esperanzas y todos los deseos vibraban en él, cuando todo le aspiraba a la dicha, entonces llegó a sus labios la esponja empapada en hiel. La lanzada la recibió en el oído, y estando vivo. ¡Siendo músico, se quedó sordo a los veintisiete años!

Su culto se ha extendido por toda la redondez de la tierra. Sus sinfonías son espaciales catedrales, donde se agolpa la muchedumbre de sus devotos. Su música profética ha de ser el Evangelio de las razas. En él tomarán el ideal de belleza para la vida. Hoy estamos tristes. El momento actual es gris. Sin duda ha secado nuestros corazones. Los espíritus, hechos perspicaces por la ciencia, no tienen el sostén ni el consuelo que las antiguas creencias prestaban a nuestros padres.

Pues bien. Vayamos a Beethoven. Escuchemos lo que nos enseña. Obedezcamos a su música. Ella nos dice que el hombre no debe jamás capitular ante las fuerzas ciegas y brutales que asaltan su reposo y su dignidad; que la resignación es impía e innoble; que el más pequeño puede ennoblecer cada instante de su existencia si cumple su misión con firmeza y con amor; que no hay trabas materiales, económicas o sociales que puedan impedir el desenvolvimiento de un espíritu libre.

Ella nos dice que el valiente siempre es vencedor, si quiere, y que ante el mal no hay nada más eficaz que una conciencia recta y activa.

Ella, en fin, nos dice que la alegría es santa (no confundíndola con el placer), y que hay que buscarla a través de todos los desengaños y de todas las miserias, y que encima de todo lo existente está la bondad.

RENÉ FAUCHAIS

REMEMBRANZA

Túnica una y múltiple.

Por el testimonio de San Juan Evangelista sabemos que Nuestro Señor Jesucristo sólo usó en su vida de treinta y tres años una túnica sin costura, tejida por su madre y que iba alargándose y ensanchándose a medida que el hijo de Nazaret iba creciendo. Y siendo una sola, es doblemente milagroso que veinte distintas poblaciones del mundo conocido se ufanen con poseer y venerar la auténtica santa túnica sin costura que sirvió de indumentaria a Jesucristo.

Por no ser prolijos, citaremos sólo a seis de las veinte poblaciones donde creen poseer la túnica auténtica: Tréveris, Argenteuil, Moscú, Safed, Jerusalén, Constantinopla y Roma.

El emperador Constantino fué el que construyó la basílica de San Juan de Letrán y el que trasladó a ella la auténtica túnica sin costura.

El Papa León X reconoció formalmente la túnica auténtica de Tréveris, como la misma que Santa Elena había mandado depositar en la catedral.

El pontífice romano Gregorio XVI dice que la túnica sin costura de Argenteuil es la verdadera, la auténtica que vistió Jesucristo.

Y los propios pontífices León X y Gregorio XVI, que habían testificado a favor de la autenticidad, respectivamente, de las auténticas túnicas de Tréveris y Argenteuil, daban igual carácter de autenticidad a la túnica que se venera en San Juan de Letrán, declarando el segundo de dichos pontífices privilegiado el altar de Letrán donde estaba

depositada la auténtica túnica del Crucificado.

Los que bien piensan, se inclinan por la túnica de Tréveris, sin negar que también sean auténticas los 19 restantes, porque hay que creer con Tertuliano que la cosa es verdadera por lo mismo que absurda. Y en este sentido, íntegramente ortodoxo, no hay que fijarse en si Santa Elena, que murió el año 327, pudo enviar la túnica a la iglesia de Tréveris el 330; ni tampoco hacer caso de San Atanasio, que vivió desterrado en Tréveris desde 336 a 338, y dice que en aquella época no había aún iglesia en la meirópolis de las Galias.

A su vez ¿por qué hacer público ni divulgar que la túnica de Tréveris tiene cinco pies y medio, siendo así que Jesucristo increpaba a los escribas porque usaban largas vestiduras? En cosas de éstas no debe tomar vela la limitada inteligencia humana. ¿Quién sabe si todo eso de la multiplicidad de la túnica única y auténtica es solo un efecto de óptica, de visualidad, sólo en apariencia contrario a la inflexibilidad puramente humana de la ciencia matemática?

Y, en último término, lo piadoso de la intención y del resultado destruye o atenúa lo que califica de fraude la malicia sectaria. Sin dinero que habrán producido esas tumbas y sin fieles que se habrán salvado por adorarlas!

Tifus político

Leo que el jefe de los federales de la Región levantina (Murcia y Albacete), D. Antonio Martínez Sánchez Fortun, se ha hecho conservador.

Los correligionarios han pensado darle de baja en el partido, aunque él sigue diciéndose federal y ofreciendo que hará declaraciones en tal sentido el día que tome posesión del cargo.

¿Y por qué aguardar a entonces? ¿Quién le impide hacerlo ahora? Cuando se apela a estos aplazamientos y estos distinguos, mala señal. Todo hombre que cree obrar en conciencia, responde de sus actos en todo momento.

En fin, allá veremos si el 1.º de Julio este señor Martínez se salva del tifus político, demostrando que, aun cuando se contagié rozándose con los conservadores para obtener el acta, sigue tan federal como antes.

Mirando al porvenir

No cabe negar que el sentimiento de patria existiese bajo el antiguo régimen. Lo que la Revolución le añadió no fué menos inmenso. Ella añadió a ese sentimiento la idea de la unidad nacional y la integridad del territorio. Hizo extensivo a todos el derecho de propiedad reservado hasta entonces a un reducido número, y de esta suerte repartió, por decirlo así, la patria entre los ciudadanos. Al dar a los labriegos la facultad de poseer, el nuevo régimen les impuso a la vez la obligación de defender sus bienes efectivos o eventuales. El ejercicio de las armas es una necesidad común a todo el que posee o quiere poseer tierras. Apenas comenzaba el francés a gozar de los derechos de hombre y de ciudadano, y tenía o pensaba tener casa propia y campos al sol, vinieron los ejércitos de la Europa coaligada para «volverle a la antigua esclavitud». El patriota entonces se hizo soldado. Veintitrés años de guerras, con la alternativa fatal de victorias y derrotas, robustecieron a nuestros padres en el amor a la patria y el odio al extranjero.

Desde entonces, los progresos industriales han suscitado de un país a otro rivalidades que se manifiestan cada día con mayor asperza. Los modos actuales de la producción, multiplicando los antagonismos entre los pueblos, han creado el imperialismo, la expansión colonial y la paz armada.

Mas qué de fuerzas contrarias puestas en vigor en esa creación formidable de un nuevo orden de cosas! La grande industria ha dado ser en todos los países a una clase nueva que, no poseyendo nada, no teniendo ninguna esperanza de poseer nada, no disfrutando de ninguno de los bienes de la vida, ni siquiera de la luz del día, no teme como el labriego y el burgués salido de la revolución que el enemigo de fuera la venga a despojar. Como no tiene riquezas que defender, mira a los pueblos extranjeros sin terror y sin odio. Al mismo tiempo, en todos los mercados del mundo se han levantado potencias financieras que, aun cuando a menudo simulan el respeto a las viejas tradiciones, son por su función misma esencialmente destructoras del espíritu patriótico y nacional. El régimen universal capitalista ha creado en Francia, como en todas partes, la internacional de los trabajadores y el cosmopolismo de los financieros.

Hoy, como hace dos mil años, para discernir el porvenir, hay que considerar, no las empresas de los poderosos de la tierra, sino los movimientos confusos de las masas tra-

zadoras. Las naciones no soportarán indefinidamente esta paz armada tan abrumadora para ellas. Nosotros vemos organizarse todos los días la comunidad del trabajo universal.

Yo creo en la unión futura de los pueblos y la invoco con esa ardiente caridad del género humano que, formada en la conciencia latina en los tiempos de Epicteto y de Séneca, y extinguida durante tantos siglos por la barbarie europea, se ha encendido de nuevo en las almas más elevadas de los tiempos modernos. Y vanamente se me opondría que son ilusiones del ensueño y del deseo: el deseo, que crea la vida y el porvenir, se cuida de realizar los sueños del filósofo.

Pero sería insensato pretender que desde ahora tengamos asegurada una paz que nada turbará. Las terribles rivalidades industriales y comerciales que aumentan a nuestro alrededor, hacen presentir, por el contrario, futuros conflictos, y nada nos asegura que Francia no se vea un día envuelta en una conflagración europea o mundial. Y la obligación en que se halla de proveer a su defensa, agrava, y no poco, las dificultades que le causa un orden social profundamente turbado por la concurrencia de la producción y el antagonismo de clases.

Un imperio absoluto se hace defensor por el temor; una democracia sólo se asegura a fuerza de beneficios. Hallamos el miedo o el interés en la raíz de todos los sacrificios. Para que el día del peligro el proletario defienda heroicamente la República, es necesario que se encuentre feliz en ella o que pueda esperar serlo. ¿Y de qué serviría engañarnos? Hoy la suerte del obrero no es mejor en Francia que en Alemania, y es peor que en Inglaterra y en América.

Yo no he podido resistirme a expresar acerca de tan importantes cuestiones la verdad tal como se me presenta; hay una gran satisfacción en decir lo que se cree útil y justo.

ANATOLE FRANCE

RIFA

Los fariseos del templo, a quienes despatchó Jesucristo con unas disciplinas, se van quedando muy atrás.

En Calatayud se rifó el día 31 de Mayo una imagen del Niño Jesús, que estuvo expuesta en una zapatería y se remató en el mercado por sorteo a tanto la papeleta y a presencia de la autoridad.

Como aquí los huevos con jamón o los melones en su tiempo. ¡A cinco céntimos la papeleta!

Estoy desconsolado. ¡Tantos años como llevo de moralizar en El Motín a los clérigos y su gente, para que no desprestigien la santa religión, y tiempo perdido! Cada día son más avaros.

Sobre todo su gente, que es quien suelta los cuartos. Esto y el timo del portugués, no tiene remedio. Siempre hay tontos y cartuchos de perdigones.

Y quien dé el cambiazo.

Generación nueva

Recordais la frase de Victor Hugo que dice, en cada pueblo hay una luz encendida, el maestro, y una boca que sopla para apagarla, el cura? La recordáis?

Vosotros y yo mismo he tenido la anterior sentencia por verdad *non plus ultra* y hemos creído efectivamente que todo el tejer y destejer de la instrucción consiste en que el maestro se devana los sesos para alumbrar la inteligencia de sus discípulos y el cura se despepita soplando para apagar la luz y sembrar las tinieblas en las mentes infantiles de la humanidad, como si la enseñanza fuese la tela de Penélope.

No, eso es pueril. Me atrevo a decirlo, con permiso del genio literario de la Francia. En los países latinos, la escuela es recinto en que el maestro alumbró lo que el cura quiere, razón por la cual éste no tiene que molestarse en soplar.

Todo centro oficial de enseñanza es un campo muy limitado en que la suprema tutela incumbe al Estado, que ejerce en él su jurisdicción con intervención de la Iglesia y lugar donde el cura desempeña la misión de una especie de guarda jurado con plenos poderes para interrumpir el desarrollo de toda planta cuyo crecimiento le perjudique.

El clero gradúa la acción pensante del magisterio y en cuanto le conviene le cierra el paso para toda libre investigación científica, y le deja reducido a ser un maestro acoplado al patrón que le impulsaron desde el comienzo de su carrera: le obliga a que mate en flor todas las aspiraciones de los niños a la libre modalidad de su espíritu, que tanto puede formarse en la escuela como en el seno de la familia, y le coloca en la sociedad en el puesto que le place para que sirva del mejor modo a los fines de perpetuar la esclavitud en las conciencias.

El clérigo es un funcionario del Estado que interviene en todas las manifestaciones de la vida nacional, haga o no falta su intervención.

El, por ministerio de la Ley, forma parte de todas las Juntas, de las locales y provin-

ciales de primera enseñanza, de las de protección a la infancia, de las de cárceles y las de Reformas Sociales.

Se le ve en todas partes, y como al torero y al fraile en todas partes se le abren las puertas y se le guardan consideraciones, sean o no sean merecidas.

Tiene cargo en los hospicios, hospitales, en las cárceles, en los manicomios, y hace guardia del confesonario, en cuyo escondite moldea a su antojo la conciencia de la mujer.

Interviene en la publicación de los libros destinados a la enseñanza y estampa en ellos el marchamo, sin cuyo requisito el libro no circula por las escuelas.

Remitid al Consejo de Instrucción pública un texto de primera enseñanza que no haya sido publicado con permiso de la autoridad eclesiástica, y ya podéis esperar sentados a que el Real Consejo dé su aprobación.

En cambio la mogigatocracia hace cuanto quiere con beneplácito de los tontos.

Tomad en vuestras manos un libro de esos cuyos autores han recibido la bendición apostólica, y en él podéis leer cosas estupendas: que los niños no dejen de tomar agua bendita en las pilas de las iglesias, que besen la mano de los sacerdotes, que digan a todo, *bien, gracias*, y otras lindezas semejantes, opuestas, unas a los sanos principios de la higiene y de la ciencia, conducentes otras al rebajamiento de la dignidad, a la hipocresía, a la mentira, al resellamiento de necias costumbres, a convivir pasivamente con el convencionalismo, a ser intolerantes, fanáticos y pobres de espíritu, sin iniciativa para la investigación y sin aliento para la protesta.

Todos o casi todos los que amamos la libertad sabemos esto y queremos que la instrucción tienda a elevar la dignidad personal, afirmando la propia individualidad del niño y robusteciendo sus energías físicas e intelectuales.

Sabemos también que el aspecto moral de la educación es importantísimo, y como lo sentimos y pensamos lo decimos; pero no hacemos cuanto debemos por evitar el mal crónico de que nosotros mismos estamos contagiados.

Mientras no arranquemos a la infancia de manos del clericalismo, no podremos disponer del plantel de jóvenes que necesita España para que, escudados en la razón y fortalecidos en la ciencia, echen a rodar con ímpetu todos los viejos chirimbolos emblemáticos de rancias ideas y añejas preocupaciones.

Hay que hacer generación nueva.

T. A.

“Reclame”

El cardenal Herrera dijo a los peregrinos ingleses que vinieron a Santiago:

«Abrigo la esperanza de que Inglaterra se convierta al catolicismo y abrace unánimemente nuestra religión.»

Sobre que están verdes, como dijo la raposa, tiene chico ropón el cardenal Herrera para abrigar una esperanza tan grande. Ni para el ridículo proyecto de restablecer el poder temporal, que dicen acaricia el emperador austriaco, sirve el abrigo del cardenal ese.

Como frase de relumbrón para atraerse el dinero de los ingleses, no está mal la *reclame*. Siempre hay tontos que se fían de los anuncios, aunque sean como el de hacer sardinas o el del aceite de bellotas para que crezca el pelo.

Decepción

Leo en un periódico clerical «que si en España triunfase la República tendrían que emigrar todas las personas honradas», y quedo aterrado.

Siempre había creído que, al proclamarse la República, saldría de España, y al galope, toda la pillería que hoy la deshonra y la explota, y ahora resulta que solamente se irían las personas honradas.

¡Adiós entonces la consoladora esperanza de que emigraran los clericales! Casi me siento inclinado a desear que no venga si no habían de irse ellos.

Y menos mal que nos quedaría el recurso de barrerlos con la escoba de la justicia, la decencia y el buen gusto, que si no...

No quiero ni pensarlo.

LA RELIGION AL ALCANCE DE TODOS — POR — R. H. DE IBARRETA

Este es el libro que se ha vendido más en España. Sólo en EL MOTIN se han tirado 62.000 ejemplares.

DOS PESETAS ejemplar. Rebaja del 25 por 100 a los suscriptores. Encuadernado en tela 2 pesetas.

SECCIÓN AMENA

¿CUÁNTOS DIOSSES HAY?

—Mira, Celipe—decía la tía Pilara—qu'es-to no pue seguir asina!... Si tú no te aconfie-sas este año tampoco, estás recondenao, y yo no quieo que me lleve el diablo.

—Pero recontra, ¿pa qué te querrá llevá el diablo, chiquia?

—Pa echarme en el infierno por está al lao de un hereje que no confiesa... ayer me lo dijo el señor cura... y como tú no cumples con la Iglesia, te queas solico, porque yo me voy con mi agüela á Calamocha.

—Pero ¿y cómo voy yo á d'í á confesarme, si no m'acuerdo ya de la doctrina?... El señor cura comenzará á hacer pregunticas y yo no sé ná d'eso.

—Es claro... y no ti dará vergüenza d'e-cirlo, gran judío... Pus bien que sabes d'em-borracharte y luego darime de tozoladas en los morros; bien que sabes de gastarme los dineros en vino... asina estás... que paice mentira, ¿condenao y hecho un renegao de Dios!... Pero ya no m'aguantó más... ú te confiesas mañana, ó no cuentas con Pilara.

—Chiquia, no t'amontones, que mi da lás-tima... Descudia que mañana platicaré con el curica ese, pero será menesté que me enseñes á presina y me digas un poquito é do-trina esta tarde, pa cuando me apregunte.

—N'hace falta... yo iré contigo á la iglesia y t'iré por señas las contestaciones.

—Gueno... entonces mañana á las siete me aconfieso antes de dirme á la huerta.

—Pero oye, Pilara, ¿y cómo me vas á ecir lo que respondo al señor cura?

—Por señas con los deos.

—Está bien... pero to apondrás juntico al confesero pa ó bien las preguntas; mía que como el cura me diga que no sé do-trina, te doy una mano de estaca.

—Padre, güenos días.

—Dios te los dé muy buenos, Felipe: ¿qué traes?

—Pus á confesarme... que la Pilara s'am-peñao...

—Muy bien, hijo mío... así debe ser todo buen cristiano; debe cumplir los preceptos de Dios y su santa Iglesia... Hombre, persígnate bien... así... la tercera en el pecho; vamos á ver, ¿cuánto tiempo hace que no confiesas?

—Haco tiemppecico, padre (ya está aquí la Pilara).

—Pero, ¿cuánto, poco más ó menos? ¡eh!

—Pues... desde que si me murió la burra canela (haciendo señas con la mano á Pilar para que no se deseeide).

—Vamos á ver... ¿y de doctrina eristiana?...

—Taleualcamente, señor cura...

—Voy á hacerte unas preguntitas.

—Güeno! (ya empiezan las pregunticas).

—Vamos á ver ¡ejem!... ¿Cuántos dioses hay?

—¿Dioses dice usted? (La Pilara vuelve la mano derecha con todos los dedos cerrados excepto el índice.)

—¿Dioses?

—¡Sí hombre...! ¿Cuántos?

—Pus uno solico, señor cura!

—Muy bien... ¿y cuántas personas?

—¿Personas dice usted? (Pilar vuelve á le-vantar la mano doblando el pulgar y el me-ñique y levantando los dedos restantes hacia arriba). Personicas, ¿eh?

—Sí... personas, ¿no lo sabes quizás? ¿Por qué lo piensas tanto? Vainos, ¿cuántas hay?

—Pues hay... cinco.

—¿Cómo!

(Pilar repite el signo con insistencia.)

—¡Sí... señor cura... cinco... Tres están en pie y dos en cuclillas... según ice la Pilara...

Por la copia,

L. R.

La oración de Inés

Antes la luz faltará que Inés falte á la novena; con su prima Filomena devota rezando está.

«Padre nuestro que estás—mira á Soledad—en los cielos;

santificado...—¿Qué pelos!

sea el tu nombre...—¿No te admira?

Venga á nos...—Mira á Isabel,

el tu reino...—¿Qué impiedad!...

Hágase tu voluntad...—

Guños hace á Rafael.

Así en la tierra...—¿Qué lazo

lleva Luz!—Como en el cielo.

El pan nuestro...—Poco vuelo

en la falda, y un retazo.

De cada día...—Allí están

Mariano y Pepe, los dos.

Dánosle hoy, perdonaos

nuestras deudas...—¿Nos verán?

Así como...—¿Qué patillas!

¿Eh?—Nosotros perdonamos...

¿Qué guapos van! ¿Los llamamos?

¡Pch!... ¿Qué importan las habillitas?

A nuestros deudores...—¡Bah!

No nos dejes...—¡Decisión!

Caer en la tentación...

Voy á llamarlos acá.

Mas...—La seña han visto bien.

Dicen que sí con la mano.

Adiós, Pepe; adiós, Mariano.

Libranos de mal, amén.

El fervor de esta devota

la fama do quier divulga:

dos veces al mes comulga

y por la noche... se azota.

JOSÉ ALCALÁ GALIANO

Por espacio de tres años un labriego pagó al párroco de su pueblo una misa cada semana para librar á su padre de las penas del purgatorio.

Cada vez que le pagaba inquiría cómo se hallaba su padre, á lo que el reverendo con-testaba: *ya tiene la cabeza fuera.*

Después de algún tiempo, y preguntán-do-le nuevamente, respondió el cura muy ufano: *ya ha sacado los brazos.*

Entonces—dijo,—ya no le digo más mi-sas; si ya tiene los brazos fuera, él era hom-bre de fuerza, y pronto sacará todo el cuerpo.

Un milagro auténtico

Ustedes, seguramente, no conocen á Pé-rez y maldita la falta que les hace. Pues bien; Pérez es un actor dramático menos que me-diano. Pero, si es menos que mediano como actor, es más que notable como físico, por-que la naturaleza se ha complacido en adonarle con unas facciones que para sí quisie-ran más de cuatro estrellas coreográficas.

El caso es que Pérez, en un momento de buen humor, lióse á la cara un blanco lien-zo, cubrió la cabeza con un negro manto, arqueó las cejas, afligió el rostro, elevó los ojos tiernamente y se retrató en figura de Dolorosa artística y conmovedora. Y fué lo bueno, que yo puse el retrato sobre mi me-sa de despacho, y al volver una tarde á casa me encontré con que Pérez había hecho un milagro y de la clase de auténticos.

Me lo contaron á gritos criadas y vecinas.

«A la señora (mi patrona), le dió un sín-cope, los remedios caseros no hacían efecto, le aplicamos al pecho la Virgen que tiene usted en su cuarto, y, como mano santa; en el acto pasó el accidente.»

A duras penas pude contener una carca-jada.

Dejé á aquellas gentes en su buena fe, y recordando milagros y milagros, digo para mis adentros:

«¿Cuántos Pérez habrá habido en el mun-do!»

JUSTICIA DISTRIBUTIVA

X**, tendero de comestibles, comparece ante el Tribunal correccional por haber des-pachado géneros alimenticios adulterados.

Presidente.—X**: El revisor ha compro-bado que vuestro chocolate es un compues-to al que sobra tanto óxido de mercurio y tierra roja como le falta soconusco.

X**.—Sí, señor presidente.

Presidente.—Vuestro café está fabricado con hígado de caballo cocido al horno, pol-vo de madera de caoba y caramelo; vues-tras lentejas las conserváis con sulfato de co-bre; vuestra manteca no es más que grasa coloreada con plomo; y cuanto á la cerveza, es una mezcla de belladona, cabezas de adom-dera, datura de estramonio y de ácido pí-rico. ¿Es exacto todo eso?

X**.—Exacto.

Presidente.—¿Ignoráis que estos venenos son, en su mayor parte, por extremo vio-lentos?

X**.—¡Diablo! ¡Ya lo creo! ¡La cerveza sobre todo! Yo no bebería un vaso de la mía por todo el oro del mundo.

Presidente.—¿De modo que habéis obra-do con premeditación y conocimiento de causa? (X** se refuerce el bigote socarro-namente). ¿Qué tenéis que alegar en vuestra defensa?

X** (con arrogancia).—Tengo que decir que el comercio es la teta alimenticia de una nación, y que nadie tiene derecho á poner trabas á los negocios, que ya van demasia-do mal.

A pesar de esta elocuente defensa, el tri-bunal, usando de su severidad acostumbrada, condena á X** á cincuenta francos de multa y los gastos del juicio.

El tribunal procede seguidamente al inte-rrogatorio de un malhechor acusado de en-venenamiento.

Presidente.—¿Entonces confesáis haber disuelto una caja de cerillas en la sopa de la viuda Bruno?

Acusado.—Media caja nada más.

Presidente.—Sea. Gracias á un concurso de circunstancias, que yo calificaría de pro-videnciales, vuestra infortunada víctima ha escapado á la muerte; pero la intención cri-minal y la premeditación estaban manifies-tas. ¿Tenéis algo que alegar?

Acusado.—Únicamente que estoy dis-puesto á pagar la patente.

Presidente.—¿Qué patente?

Acusado.—Una patente de tendero, vina-tero... cualquiera; no tengo preferencia por ninguna. (El presidente meneas la cabeza.) De ese modo se me castigará con cincuenta francos de multa y los gastos del juicio.

Presidente.—Acusado, no agravéis vues-tra situación con bromas de mal gusto.

El tribunal, estimando los antecedentes del acusado, le condena á veinte años de trabajos forzados solamente.

Acusado (filosofando en su prisión). Tra-tad de envenenar á una sola persona, y se os condenará á veinte años. Envenenad mil y se os multará en cincuenta francos. Diez mil, y se os condecorará... Para tener éxito en este bajo mundo, es preciso hacer las cosas en grande.

MIGUEL THIVARS

Decía desde el púlpito un cura á quien ha-bían talado furtivamente unos alcornos de su propiedad:

—Sabed, hermanos míos, que inutiliza un alcornoco es tan grave pecado como comer un homicidio. Más claro: como si me matáseis á mí, por ejemplo.

(FOLLETÓN 22.)

LA MONARQUÍA ESPAÑOLA

FOR
OFFENBACH

Este es particular, el de las bromas á que aludimos, sobre el que no cabe duda alguna. El general Weyler puede estar satisfecho de que, si no tiene los talen-tos militares del gran duque de Alba, y por lo que hemos dicho no puede jurar-se que los tenga, no ha dado menos miedo, no ha inspirado menos terror al enemigo que aquel guerrero. De los cu-banos no hay que hablar, porque es bien sabido que cordialmente le odiaban y temían. Pero quizás le temían y odiaban más los yankees, particularmente los fa-vorecedores de la causa rebelde. Todas las circunstancias del caso lo revelan, to-dos los hechos y todos los dichos de aquel entonces lo acreditan. No hay más que recordar ó hacer saber algo de lo que de él escribía gente que, odiándole como le odiaba y poseedora de todos los recursos necesarios para hacer contra él algo más que denigrarle, y falta de todos los escrúpulos que podían impe-dirle apelar á más prácticos expedientes, se contentaba con recurrir como, por ejemplo, el *Illustrated American* de 21 de Marzo de 1896, á dar un retrato del go-bernador general y capitán general de la isla de Cuba y escribir debajo lo que si-gue: «El mejor documento que hasta ahora se ha aducido á favor de los insu-rrrectos cubanos es la fotografía del ge-

neral Weyler que en estos días anda circulando en los periódicos ilustrados. España tiene sus derechos lo mismo que Cuba, pero el ser generalmente co-nocida la fisonomía del general espa-ñol que actualmente manda en la isla, contribuirá poderosamente á extinguir lo poco que quede de simpatía hacia España. Fuera de los establecimientos penitenciarios no se ha visto jamás una cara tan cruel como la de Weyler.»

Ahora bien, ¿qué sentimiento podía ser el que inspiraba desahogos de tan mal gusto? Hablaba una vez con María Cristina, la madre de Isabel II, D. Ramón María Narváez, á la sazón Presidente del Consejo de Ministros, de lo que había hecho ó dejado de hacer cierto persona-je.—¿Quiere V. M. saber cómo se llama eso?—dijo D. Ramón. Y como S. M. hi-ciese una señal afirmativa, añadió: pues eso, señora, se llama *canguelo*.

Ese, ese es el nombre del sentimiento en cuestión: y cuando se halla uno po-seído de él, la misma cabeza de Apolo parecería que es la de Medusa.

Otro escritor americano no menos ene-migo del general Weyler, y por lo visto no menos temeroso de él, pinta ó des-crive así á aquel gran chambelán des-pués de llamarle «el carnícoro» (Te but-dier) y «la figura más siniestra del si-glo XIX»: «Era un hombre bajo, ancho de hombros, vestido de general, con una faja de color de sangre ceñida á la cintura. Su cabeza era demasiado gran-de para su cuerpo. Tenía la frente es-trecha, la nariz y las quijadas prominen-tes y huesudas; la mandíbula inferior grande y saliente. Los aguzados dientes de abajo se adelantaban á los de arriba

dando á la boca una expresión singular de brutal determinación. Los ojos eran grises y de fría mirada: la voz, dura y gutural (una huella de su ascendencia austriaca) y emitía sus frases de la bre-ve manera de un hombre acostumbra-do al mando absoluto. Era aquella una cara sin sonrisa, cruel, con un asomo de falsía (treachery) en las patas de ga-»llo de los ojos; pero por lo demás atre-vida y dominante (masterful).»

Es de advertir que el autor de este re-trato era un corresponsal al que el gene-ral Weyler había expulsado de la isla y amenazado con fusilarlo si lo volvía á coger. Y la verdad es que la personali-dad de quien le hace á uno tal cosa y tal promesa, lo menos que puede parecerse es la de un «carnícoro» y su figura «la más siniestra» del siglo que esté corrien-do, y aun de todos los siglos corridos y por correr. Después de todo aquel escri-tor reconoce al fin que la cara en que él ha visto los horrores que apunta expre-saba, sin embargo, resolución y arrogan-cia; y esto no deja de indicar que lo de-más le había salido al artista un tanto sobrecargado de color.

El caso es que si en el general Weyler puede censurarse su sistema tanto en lo militar como en lo político, y lamentar que con recursos gigantescos no obtu-viese más que resultados microscópicos, no hay que negar que se mostró laborio-so, diligente, igual y justiciero, y que, como acabamos de decir, llegó á impo-ner á los americanos lo que, si no se quiere que se llame miedo cerval, podrá llamarse respeto saludable; así como, si se había de acabar por romper con los Estados Unidos, habría sido mucho me-

jor en todos los conceptos haberlo he-cho cualquiera de las veces en que aquel general dió ocasión para ello y aun lo procuró. Lo que es en esto, hay que de-clarar que el general Weyler tuvo una inspiración genial, y en no ver realizada esta inspiración una fortuna loca, porque entonces sólo se habría perdido la isla de Cuba; mas como los españoles esta-rian y permanecerían enteramente igno-rantes de lo que luego estaban llamados á perder y efectivamente perdieron, el inspirado general habría cargado exclusi-va ó principalmente con la responsabi-lidad de aquella pérdida.

CAPITULO XII

VUELVE EL SR. SAGASTA AL PODER Y YA NO VIENE CON ÉL MÁS QUE EL INFORTUNIO

En Agosto de 1897 fué muerto D. An-tonio Cánovas por un anarquista italiano. Aparte de lo criminal, el hecho no pudo ser para España más inoportuno. La fal-ta de aquel señor del reino, siempre per-sonalmente lamentable, políticamente ha-bría sido menos nociva un año antes ó un año después: un año antes, porque en-tonces el Sr. Cánovas no habría metido á la nación en las dificultades en que su apreciación de la cuestión de Cuba le hizo meterla; un año después, porque, al fin y al cabo, era hombre de grandes condiciones y facultades, y seguramente, ó habría evitado el gran conflicto, el con-flicto final, cada vez más amenazante, ó lo habría afrontado con más gallardía y acierto que su sucesor, D. Práxedes, pues éste no se conservaba tan entero como él. D. Práxedes había envejecido moral-

LOS CRÍMENES DEL CARLISMO

(CONTINUACION)

circular, como otras veces, mucha cantidad de aquella moneda falsa entre la gente liberal, que debería tomarlas, si no de grado, por fuerza».

Nombres y profesiones de los principales cabecillas que vagaban en Julio de 1873 por el señorío de Vizcaya, para que veamos dónde reclutaba el carlismo su gentuza:

Gerardo Martínez de Velasco, comandante general de Vizcaya, ex empleado de doña Isabel II; Beláustegui, jefe de Estado Mayor á las órdenes de Velasco, carpintero; Isasi, jefe de una partida volante de Velasco, perito agrimensor y secretario del Ayuntamiento de Cenauri; Aspe, agregado al Estado Mayor de Velasco, perito agrimensor; *Chispas*, jefe de una partida volante, tabernero; *El Artillero*, jefe de una partida volante, carretero; Rabadan, sargento desertor del Ejército; Iriarte, comandante de las fuerzas del distrito de Guernica, cura; Sarasola, comandante del distrito de Marquina, maestro de obras; Bernaola, comandante del distrito de Orduña, capataz de los caminos de Vizcaya; Aboitir, jefe del distrito de Durango, casero de Mañaria, capitán del Convenio; Gorordo (a) *Bastián*, jefe del distrito de Murguía, traficante y rematante de arbitrios, capitán del Convenio; Gutiérrez (a) *el Cervicero*, jefe de una partida volante; San Vicente, jefe de una partida que trabajaba por su cuenta, vago de profesión; maestro de Santa Lucía, jefe de una partida que trabajaba también por su cuenta, maestro de escuela sin título; sacristán de Baracaldo, jefe de una partida volante; el *Pinche*, de Baracaldo, vago por costumbre; Mateo, recaudador de derechos señoriales y excapataz de carreteras; Maya, jefe de caballería, recaudador de arbitrios municipales; Marcelo, secretario del Ayuntamiento de Rigoitia; Garaita, Echevarría el Sillero, su hermano, Castell Urrutia y el estudiante, eran secretarios y ayudantes del jefe Aboitir y el célebre Santa Cruz.

Había, pues, un ex empleado de Isabel II, un carpintero, dos peritos agrimensores, dos secretarios de Ayuntamiento, un tabernero, un desertor del Ejército, dos curas, un maestro de obras, dos capataces, un casero, un traficante de arbitrios, un cervicero, dos vagos, un casi maestro de escuela, un sacristán, dos recaudadores de contribuciones, dos silleros y un estudiante.

¡Valiente pillería!

Asesinos, monederos falsos, ladrones, moral social... ¿Quién resistía la tentación de ponerse á su frente?

Así es que el 16 de este mes entró D. Carlos en España, vencido en parte el miedo que sentía desde la fuga de Oroquieta, y cuando ya habían corrido torrentes de sangre por su causa.

¡El rey era digno de sus súbditos!

AGOSTO

Lizárraga, el que tenía siempre en boca á la virgen de los Dolores, ataca á una escasa compañía de Luchana que se había encerrado en la iglesia de Elgoibar.

A las cuatro intimaciones de rendición que les hizo, los sitiados contestan negativamente; refugiados en la torre cortan la escalera, y siendo ineficaz el fuego del cañón, el cabecilla obliga á los vecinos á arrimar leña y paja á la iglesia, rociándolas luego de petróleo y prendiéndole fuego, importándole nada que se quemaran santos, custodia, Cristo y la virgen de su devoción.

Se arma tan terrible hoguera, que los soldados tienen que asomarse á las ventanas para poder respirar, exponiéndose á los disparos de aquellos miserables. No sopla la más ligera brisa, así es que por las cuatro ventanas sale el humo con igual intensidad.

La situación es insostenible; muchos soldados se ahogan; hay que soplarles dentro de la boca para que se restablezca la respiración.

No por eso desmayan los demás, que no dejan un momento de defenderse, contestando á un vivo fuego é impidiendo llevar combustible á la hoguera. Debajo de sus pies una formidable llama pone el aire que respiran á una temperatura elevadísima. No pueden humanamente tenerse ya en pie, y sin embargo, siguen defendiéndose.

A las nueve y media, después de seis horas de aquel martirio insufrible, con cuatro compañeros muertos por asfixia y la tercera parte de la fuerza medio ahogada, les propo-

nen de nuevo la rendición. Responden que la aceptan si les dejan salir con armas y municiones, con los honores de guerra y en libertad. Se niega á ello Lizárraga, diciéndoles: «Para rendiros, ó ahora ó nunca.» «¡Pues nunca! contestan. ¡Corneta, rompan el fuego!» é inmediatamente lo rompen los pocos soldados disponibles.

Un diluvio de proyectiles se les va encima. La hoguera es horrenda; á la media hora la vida es imposible en aquel sitio.

Bien pronto negras masas de humo y potentes llamas rodean por todos lados á aquellos héroes, que cesan de tirar porque no se distingue á tres metros. Los que más apurados están suben á la balastrada que rodea la media naranja, creyendo respirar mejor. Se equivocan; el humo es allí más denso.

Todos esperan su última hora... Nadie se queja... Un silencio sepulcral reina entre ellos...

El teniente D. Ricardo Martín de Alcántara sube á la balastrada por no dejar su gente; la restante, con el capitán y el alférez D. Mateo Romanos, sigue en las campanas. Ya nadie se defiende; todos se preparan á morir...

A las once menos cuarto suena un punto de atención y luego otro; el fuego cesa. El capitán llega y dice: «nos acabamos de rendir en este momento con la condición de quedar en libertad.»

Inmediatamente se dedican á apagar el fuego de la escalera, que los mata, y entonces toda la facción, con bombas y herradas, puede en media hora quitar aquel foco devorador.

Empieza la tropa á descolgarse por los tejados incendiados, andando por el caballete, tropezando con las brechas que las granadas han abierto. Unos se ayudan á otros.

Después de bajar tres tejados, los recibe un ayudante de Lizárraga y una comisión de oficiales; entregan sus armas con lágrimas en los ojos.

Lizárraga los felicita por su heroísmo. Como había sido jefe del ejército, conservaba á ratos un resto de pundonor militar, sin perjuicio de no reparar en medios, aun los condenados por las leyes de la guerra, para lograr sus fines, incluso el de quemar los templos de la religión de que se decía defensor y verter en sus losas la sangre de sus hermanos en patria y creencias.

Y es que en el carlismo todo es mentira, menos el salvajismo y el crimen.

Fusila Cucala en Benicarló al secretario de Alcalá, con quien tenía antiguos resentimientos.

Hacen los carlistas fuego cerca de Oyarzun sobre los carruajes que conducían varios heridos custodiados por la Cruz Roja.

Cucala fusila á una mujer y á dos soldados del regimiento de Castrejana cogidos en San Mateo mientras dormían en sus alojamientos.

Disparan los carlistas sobre los buques de la ría de Bilbao y matan á un marinero francés.

Hieren á mansalva á tres marineros del vapor correo *Luchana*, apostados y escondidos en la fábrica del Desierto.

Disparan contra seres indefensos en la ribera de Deusto, hiriendo á un niño y una niña.

Sorprenden los carlistas á cuatro voluntarios y varios soldados en Balsareny, y asesinan á un sargento que dormía.

A los dos días fueron encontrados cerca del pueblo los cadáveres de los cuatro voluntarios y de los dos soldados, maniatados y cosidos á bayonetazos.

Porque un hijo suyo no quería presentarse en la facción, los carlistas apalean en Berástegui á un anciano de setenta y cuatro años, hiriéndole en la frente y dejándole sin esperanzas de vida.

En Rabós del Terri asesinan los carlistas á un individuo sólo por ser liberal; en Echauri á una infeliz mujer que hacía el servicio de partes, y en Salt á un vecino por haber acompañado á un sobrino suyo que se acogió á indulto.

Incendian algunas casas en Galindo.

Por haber ido á Bañolas á vender un cesto de frutas para poder vivir, infringiendo la orden del bloqueo, es asesinada por los carlistas una pobre mujer del pueblo de Camós.

Descuelgan los carlistas cuatro campanas de la iglesia de Ispasier para hacer un cañón.

Disparan desde lugar seguro sobre el remolcador *Aspirante*, surto en la ría de Bilbao, causándole cinco bajas, el comandante, el maquinista y tres marineros.

Varios de los titulados comandantes generales de los carlistas publican este bando, que tiene ejecución al punto.

1.º Toda la población que al aproximarse las fuerzas de S. M. hiciera resistencia, será incendiada y sujeta á las condiciones del asalto.

2.º Toda autoridad que diere parte al enemigo ó á otra parte de mi proximidad ó permanencia en la población, será pasada por las armas.

3.º Todo individuo que lleve partes y sea cogido ó probado de llevarlos, será incontinenti fusilado, sin distinción de sexos.

4.º Todo padre que impida á sus hijos incorporarse á las filas de S. M., siempre que éstos lo deseen, será multado en 6.000 reales.

Todos los jefes de fuerzas y autoridades dependientes de mi autoridad, velarán por el exacto cumplimiento de esta orden; en la inteligencia que serán sujetos á un consejo de guerra los que no dieren exacto cumplimiento á cuanto en el anterior bando ordeno.

Campo del honor 28 Agosto de 1873.

Aun después de leer esto y de saber que se ponía en ejecución, había liberales y republicanos que consentían la guerra de exterminio y devastación que hacían los carlistas y sus auxiliares y cómplices, sin reprimir con el mismo implacable rigor sus infames atentados.

No se comprendía tan seráfica resignación, ni que tuviesen tanto valor para sufrir tanta mengua sabiendo que el país pagaba las consecuencias de su imprevisión.

Cuando corría la sangre de hermanos indefensos, era incomprensible que no les hirviese la suya en las venas á los liberales, ó que no se les saliera involuntariamente al grito de justicia y venganza!

Los carlistas se imponían por el terror, y á esto se debía la prolongación de la guerra y el incremento del carlismo; porque entre un jefe faccioso que amenazaba con la muerte, el incendio y el saqueo á los individuos y á los pueblos que no obedecían ciegamente sus órdenes, y un general del ejército que no aplicaba en el acto las leyes de la guerra á los traidores á la patria y á los grandes criminales, lo mismo los pueblos que los individuos obedecían y servían, aun contra su voluntad, á los primeros.

SEPTIEMBRE

Hacen fuego sobre un tren por la parte de Perpiñán, matando un fogonero é hiriendo á un maquinista.

El bandido Cercós fusila al pasar por Aleixar al presidente del comité republicano.

Entran en Játiva los carlistas, hacen 180 soldados prisioneros, incendian la estación, piden 6.000 duros al vecindario y en la retirada queman la estación de Puebla Larga y asesinan á dos prisioneros.

En Carlet fusilan á uno de los suyos en un campo á espaldas del calvario, insultándole antes de un modo brutal: dos de los prisioneros pudieron escaparse entonces.

El bandido Cucala llevaba consigo, amarrado como una fiera y haciéndole sufrir toda clase de tormentos y humillaciones, al comandante militar de Castellón que secuestró en las afueras de la ciudad, mostrándole como objeto de curiosidad en los pueblos que recorría.

Asesinan en Vilania á un teniente del ejército pasado á sus filas y ascendido por don Carlos, sin otro motivo que el de *inspirarles poca confianza*.

Se entregan en Real de Montroy á criminales escenas, cazando á tiros como fieras al alcalde y al secretario, apaleando al hijo del juez municipal porque no les dijo dónde estaba su padre, quemando el Registro civil, varios libros y la lápida de la Constitucional, la misma que se puso el año 20.

Se entregan las facciones al robo y al pillaje en Valls, hasta que el batallón del hijo de Ceuta y los voluntarios los rechazan, huyendo á la desbandada arrojando 500 armas en su huida.

En los primeros momentos de la sorpresa

asesinaron á un voluntario y un jornalero desarmados.

Los incendios, los robos y los atropellos de todo género que cometieron en Valls los carlistas fueron tantos y tales, que hasta sus mismos correligionarios resolvieron coadyuvar por todos los medios posibles al exterminio de semejantes bandidos.

Varias jóvenes fueron ultrajadas por los inmundos sectarios del rey libidinoso, que no respetaron edad ni estado; en una casa saciaron muchos de ellos sus feroces instintos en una madre y cuatro hijas.

Al votarse en las Cortes la proposición restableciendo la ordenanza militar para combatir al carlismo, el ilustre escritor y diputado Sr. Martínez Villergas, dijo:

«Es imposible tener ejército sin disciplina, ni disciplina sin pena de muerte. No hay, pues, inconsecuencia en lo que voto como diputado y lo que he sostenido como periodista. Y voy á concluir diciendo que voto esa proposición (la de aplicar la pena de muerte en el ejército), por humanidad, porque creo que al hacerlo voto por el triunfo de la libertad, de la República y de la civilización, y que votando lo contrario hay la posibilidad de que venga el monstruo del despotismo con la horca hasta para crimenes como el de haber dado un voto en cierto sentido, que por eso se ahorcó á D. Rafael del Riego; hasta para crimenes como haber permanecido fiel á la causa liberal en el ejército, que por eso se ahorcó al Empecinado; hasta para crimenes como hacer un bordado, que por bordar una bandera se ahorcó á Mariana Pineda; ¡y quién sabe si votaríamos también el Quemadero de la Cruz donde correríamos peligro los que nos hemos atrevido á poner en duda la infalibilidad del Papa!»

No olvidemos, cuando esté implantada la República, que sin disciplina no hay ejército, y sea nuestra obligación preferente el mantenerla á toda costa.

Y al que se venga con teorías filosóficas condenando la pena de muerte ó le falte valor para aplicarla, retirémosle á su casa con la rechifla que por clasificación le corresponda. Por no haberlo hecho así desde luego, crecieron tanto las facciones el 73 y se atrevieron á cometer tantos crimenes.

Tan pronto como las villas de Marquina, Ondarroa, Bermeo y Durango quedan sin guarnición, los carlistas caen sobre ellas con la avidez propia de fiera ante su presa, y cometen toda suerte de brutalidades y atropellos, especialmente contra indefensas mujeres.

Es encontrado el cadáver de un hombre en el camino de Bañolas á Vilademunt; en un bolsillo llevaba un papel que decía:

Fusilado por haber infringido la ley del bloqueo.

Otro cadáver fué hallado en Bescanó con el mismo letrero.

Identificado después, se supo que habían ido á sacar al infeliz aquél del seno de su familia para acribillarle á balazos en la carretera.

Los jefes y oficiales prisioneros de los carlistas son tratados de la manera más cruel. Desnudos de pie y pierna, sin más vestido que la levita de uniforme, desprovistos de insignias y adornos, obligados á marchar detrás de las partidas y los maltratan á cada instante.

Al caer desfallecidos por el cansancio, ensangrentados los pies por las continuas marchas, no consiguen la más leve consideración, antes bien se burlan de ellos.

Les dan por único alimento un rancho repugnante, les privan de fumar y les amenazan con fusilarlos en cuanto aparezca á su vista cualquier fuerza liberal.

Los guías de la Diputación y voluntarios de Vilaseca acudieron al oír el fuego que sostenía en Albiol un batallón de los de Reus acompañado de 40 soldados y 60 caballos del ejército.

Mal mandados y peor subordinados, se desbandaron á los primeros disparos, y fueron acuchillados por unos cuantos jinetes carlistas. El grupo mayor, de unos 150, se encañonó en el fuerte de la Selva, salvándole el Fijo de Ceuta que salió de Tarragona en su auxilio, sin lo cual hubiera sucumbido. Muchos perecieron, incluso el señor Sana-huja, delegado de la Diputación.

Lo que debió haber sido un triunfo para los liberales fué un desastre, por la falta de sigilo y la indolencia en cumplir lo acordado. De sentir eran los muertos; pero llenó de indignación á Reus y á toda España el saber que los carlistas acribillaron á bayonetazos á los heridos y prisioneros.

(Continuará.)

Imprenta de D. Blanco, Libertad, 31